

**Mujeres de selva y mar, mujeres valientes,
mujeres portadoras de paz**

Mujeres de selva y mar, mujeres valientes, mujeres portadoras de paz

Historias de vida de las mujeres de Asomupaz elaboradas con el
acompañamiento de Clara Inés Mazo López



Mujeres de selva y mar, mujeres valientes, mujeres portadoras de paz
Historias de vida de las mujeres de Asomupaz

Rocío Bedoya Rivera

Representante Legal

Asociación Mujeres Portadoras de Paz – Asomupaz

Mireya Ramírez Márquez

Directora

Heks EPER Oficina Colombia

Clara Inés Mazo López

Acompañamiento en la elaboración de las historias de vida

Carolina Aldana García

Asesoría narrativa y coordinación Editorial

Carmen Cecilia Villamizar

Corrección de Estilo

Fotografías

Clara Inés Mazo López, Carolina Aldana García, Patricia Sequeda Gómez

Asociación Ágora Taller

Edición y Diagramación

Impresión

Bogotá, Colombia, febrero del 2016

CONTENIDO

	Pág
Presentación	8
Introducción	10
¿Qué es la Asociación de Mujeres Portadoras de Paz?	12
El contexto vivido por las mujeres	14
Historias de Vida	16
Rosalina Romaña	
Julia Esperanza Vahos Castaño	
Ana Dolores Guerra	
Gertrudis Blanco	
Biena Cuesta Romero	
Clara Helena Córdoba Mesa	
Zenith Cabrera Minota	
Leonor María Ramos Córdoba	
Dolly Pineda	
Eusebia Cuesta Ramírez	
Hilda Cortés López	
Cecilia Córdoba Ibargüen	
Herlinda Trellez	
Luz Marina Rivera	
Rocío Bedoya Rivera	
María Adelisa Pacheco	
Martha Beatriz Peña	
Miguelina Martínez Chaverra	
Blanca Nubia Suárez	
Mercis Durán	
Bárbara Bejarano	
Dariluz Mosquera	
Maribel Mena Mosquera	
Helena Genis Bedoya	
Claudia Corrales Beltrán	
Reflexiones y aprendizajes a partir de las historias de vida	77



Unidas con lazos de afecto y solidaridad y con los valores de respeto, responsabilidad y perseverancia

Presentación

Debido al conflicto armado que afectó al departamento del Chocó desde los años 90, varias mujeres fueron obligadas a desplazarse por el río Atrato y llegar a Turbo, en el departamento de Antioquia. Una gran cantidad de familias desplazadas se ubicaron a orillas del mar y con el apoyo de amigos o familiares, construyeron pequeños cambuches. Las mujeres a cargo de sus familias, lentamente comenzaron su nueva vida en Turbo un municipio destacado por el cultivo de banano a gran escala pero con bajísimos niveles de habitabilidad, falta de sistemas sanitarios (alcantarillado, inodoros, letrinas) y sistemas energéticos adecuados, la escasez o carencia absoluta de agua potable.

HEKS conoce a las mujeres de Asomupaz, Asociación de Mujeres Portadoras de Paz, desde 2002 cuando desarrollaba acciones articuladas con PCS (Consejería en Proyectos) en el Chocó. Por tal razón apoyar a las mujeres cabeza de familia desplazadas en Turbo, fue una prioridad humana y moral. Durante cuatro años unimos esfuerzos con las hermanas de la comunidad de la Madre Laura que ya llevaban bastante tiempo trabajando con las mujeres en talleres de confección y costura. Nosotros nos comprometimos con la creación legal de la organización y con un fondo rotatorio para prestarles pequeñas sumas de dinero a las mujeres que desde entonces apoya iniciativas productivas y de mejoramientos de viviendas.

A partir de 2007 con un acompañamiento directo, HEKS Colombia fortaleció a la organización con diferentes acciones: apoyo jurídico, laboral y civil para las mujeres víctimas; talleres para la transformación de conflictos; fortalecimiento en los procesos internos de la organización (planeación, ejecución, evaluación, auditorías, mediación y apoyo para traspaso del fondo Rotatorio coordinado por las Hermanas Lauras a Asomupaz. Además se crearon fondos de becas para dar estudios técnicos a las mujeres y otro de libre inversión para mejorar la calidad de vida de las mujeres, en especial vivienda y pequeñas iniciativas de negocios.

Con las mejoras de vivienda, construyen tanques o tinas para recoger el agua de lluvias en vista de que no hay acueducto, instalan sanitarios y sencillas alternativas de tratamiento de las aguas residuales. Igualmente logran ponerle piso a las casas y los van subiendo del nivel para evitar la inundación por lluvias o la creciente de la marea.

Además de adecuar los espacios para la vida familiar, las mujeres también participan en la generación de servicios esenciales para la vida en comunidad; con redes de vecinos y asociaciones, urbanizan los barrios, los hacen habitables y vivibles en condiciones dignas y con mínimos vitales de agua, luz, alcantarillado, calles y manejo de residuos, pues el estado local no cumple con su obligación de garante de los derechos fundamentales y básicos.

Por todo esto, ser parte de una Asociación acceder a un fondo de mejoramiento de vivienda las hace sentir y tener el estatus de sujetos de derechos y les da mucho bienestar. Esta es la única manera de que con pocos recursos puedan realizar mejoras fundamentales para sentir que han progresado, que han resuelto problemas que las afectaban a ellas y a sus familias en la cotidianidad.

El impacto de todas las acciones de Asomupaz en sus vidas, es inmenso y se puede apreciar en distintos órdenes: en lo personal, hacer la mejora de su vivienda las llena de autoestima; y al pagar el porcentaje que deben devolver al fondo, las llena de orgullo porque demuestran su capacidad de ahorro y manejo eficiente del dinero. Esto también garantiza que otras mujeres pueden tener un préstamo de 400 mil pesos para mejorar su casa y vivenciar el progreso. Este es el poder de las pequeñas cosas, cuyo efecto es inmenso en sus subjetividades y en el ser de ellas como mujeres. En su familia, alcanzan un gran reconocimiento y valoración entre sus hijos e hijas y las que tienen maridos, relatan cómo ellos cambian positivamente. Sus familias les reconocen la capacidad para tener este tipo de resultados que beneficia a todos. Y en la organización, este tipo de logros aumenta la confianza, genera credibilidad en el proceso y ganas de seguir siendo parte de una propuesta vital.

Hoy, las mujeres de Asomupaz, están listas para continuar solas su camino. El proceso de fortalecimiento institucional de los últimos años ha aportado al crecimiento personal y económico de las mujeres asociadas y a la proyección de la base social. Las iniciativas productivas son negocios estables, como los tres comedores de Apartadó y Turbo, la fábrica de arepas y dos bienes inmuebles que rentan mensualmente ingresos para la Asociación. No alegra que cuatro jóvenes de la Asociación hayan aprendido del valor de las mayores y estén superando obstáculos para destacarse individualmente y continuar en los procesos sociales de la organización.

Como institución acompañante y como mujeres, todo lo vivido, cuidado y cosechado durante estos catorce años nos llena de mucha tranquilidad. Estas mujeres amasadas en la guerra, tienen experiencia y capacidades para acompañar a los adultos mayores y a la comunidad urabeña en la nueva etapa de construcción de paz para la región. Así lo reafirman las mujeres en las 25 historias de vida recogidas en este libro que también es un homenaje a las socias que ayudaron a construir y sostener la Asociación: Dolores Castro, primera coordinadora de Asomupaz, Nubia Mena, Miladys Solano, Georgina Cuesta, Magdalena Murillo y Luz Marina Rivera, fallecida el 8 enero de 2016. Sus vidas son recordadas con afecto y su muerte, con la admiración y el respeto que se tiene por los ancestros amados. Todas en su momento fueron y son mujeres valientes, mujeres portadoras de paz.

Mireya Ramírez Márquez
Directora
HEKS EPER Colombia

Introducción

Recoger las Historias de Vida de varias de las Mujeres del Grupo Asomupaz Turbo es una oportunidad para dar a conocer cómo ellas, en medio de la guerra, han hecho la paz; y con su experiencia, precisamente nos muestran lo que en concreto se requiere para hacerla posible en Colombia.

Escucharlas y verlas en su cotidianidad, en sus casas, en su organización, en sus relatos, es la oportunidad para redimensionar el mundo de las mujeres. De esas mujeres del común a quienes casi nadie re-conoce en su valor y su aporte a la vida y a las dinámicas de sus territorios.

No fue fácil recoger las historias aunque se trabajó una metodología apropiada para adentrarse en sus vidas sin perturbarlas o irrespetarlas, dándoles la confianza para hablar y escribir, insistiendo en rescatar lo bello, positivo y animando lo vivido, sus vidas están llenas de dolores adicionales al destierro y al desplazamiento. Fue como abrir una compuerta de la que empezaron a emerger los recuerdos, las imágenes cinematográficas de sus vivencias. Para lograr este proceso de construcción de Historias de Vida, se utilizaron tres estrategias metodológicas:

- a) Realización de ejercicios prácticos de expresión a través de ilustraciones y pequeños textos en los que las mujeres pintaban y escribían sus historias a partir de referentes como el lugar y la fecha de nacimiento, el lugar donde habitan hoy, los mejores momentos de su infancia, juventud y adultez, los seres que dejaron huella en sus vidas, los frutos obtenidos en los tres últimos años, entre otros temas. En esta actividad participaron las 23 integrantes del proyecto y fue preciso generar un ambiente de cercanía y confianza, con dos talleres en la playa La Martina, de Turbo.
- b) Elaboración de un cuaderno de campo en el que las mujeres que así lo desearon (doce), escribieron sus historias. Para ellas escribir no es fácil, su cultura es más oral y han tenido muchas limitaciones para el estudio.
- c) Entrevistas directas (once) a dos grupos de mujeres que no hubieran escrito sus historias y quisieran hablar de ellas.

La propuesta pedagógica de estos talleres combinó el trabajo creativo y el del autocuidado con el de reflexión, escritura y expresión. Poder hacer los talleres con estas características, permitió que el ejercicio de memoria histórica fluyera en condiciones serenas y propicias para soltarse a narrar asuntos profundamente guardados que las mujeres conectan con situaciones dolorosas de sus vidas. Si bien algunos temas como el de la sexualidad y el cuerpo no se tocaron a profundidad, sí se evidenció culturalmente cómo se viven. Igual sucedió con la política y la religión.

Fue muy importante también la disposición de las mujeres para dar a conocer sus vidas y experiencias, puesto que requería de tiempo para seguir dialogando con ellas en las reuniones en la sede de Asomupaz y entrevistas en sus barrios y hogares. Esto dejó ver la

importancia que le dieron a la labor de memoria histórica. Al narrar estas historias tan guardadas en la memoria y el cuerpo, ayuda a seguir serenando y fortaleciendo su alma y su ser.

Estar con estas mujeres, ver cómo viven, lo que han hecho por la conformación y desarrollo de sus caseríos y barrios, que siguen estando sin alcantarillado, sin agua y muchas veces sin luz, nos pone a interrogarnos sobre cuál es el papel del Estado y de los gobiernos locales. Turbo es un municipio localizado en el Departamento de Antioquia, Colombia, con grandes expectativas de desarrollo por tratarse de la mejor esquina de América¹. Sin embargo, no logra garantizar el mínimo vital para existir, sino que tienen que ser las mujeres las que buscan y encuentran alternativas para sobrevivir dignamente. Ellas un día tuvieron el timón para dirigir sus vidas y las de sus familias.

Adicional a las voces reunidas y a la escritura de sus historias, se recogió un importante archivo fotográfico de la cotidianidad de las mujeres; imágenes que apoyan la escritura y que fueron tomadas en tres momentos durante 2015 y un encuentro final en febrero de 2016.

Este libro está dividido en tres partes: en la primera se presenta una reseña institucional de Asomupaz y una línea de tiempo sobre el contexto que vivieron las mujeres desde los años 90. Los datos oficiales fueron contrastados por el testimonio y el hecho que más recordaron algunas de las protagonistas de la Asociación.

La segunda parte son las 25 historias de vida narradas por ellas, de acuerdo a lo que cada una quiso contar y darle mayor importancia para ser publicado. Lograr reunir estas historias re-mueve y con-mueve. Son Historias de Vida que nos enrostran la cruda realidad de las mujeres, las violencias de todo tipo vividas por ellas; y sobre todo, su capacidad de resiliencia. De estas mujeres se aprende a convertir la rabia y la indignación en capacidad creativa para vivir con dignidad y felicidad. Nos enseñan que si bien sus protagonistas han vivido en condiciones supremamente adversas, tienen también la capacidad de ser juguetonas, gozonas, solidarias y agradecidas con la vida, con las personas amigas que integran las instituciones y organizaciones que las han apoyado y que se han comprometido con sus causas.

En la última parte y a manera de conclusión, se presentan los elementos comunes y diferentes de todas las historias. Mujeres como las que nos han compartido sus Historias de Vida, son las protagonistas, las portadoras de vida, las valientes; y por ello escribir un libro con ellas es una manera de hacerlas visibles y reconocerlas desde su poder y autonomía hoy ganada gracias al proceso de empoderamiento generado por Asomupaz.

¹ Una de esas grandes expectativas de desarrollo por las que aguarda Turbo, cifradas en su ubicación estratégica, es la construcción de Puerto Antioquia, uno de los proyectos más ambiciosos de gran escala para la infraestructura colombiana de transportes, que en el 2015 registró importantes avances para su concreción.

¿Qué es la Asociación de Mujeres Portadoras de Paz?

Mujeres Portadoras de Paz nace en 1994, cuando la madre Aura Elena Molina, religiosa de las Hermanas Lauritas en Turbo- Antioquia, invitó a varias mujeres a reunirse dos días a la semana y vio la necesidad de que las ex alumnas de modistería formadas desde los años 70, volvieran al Centro de Capacitación Madre Laura. Los sábados se reunían a celebrar cumpleaños, a conversar y compartir entre todas sobre los acontecimientos que afectaban a la comunidad turbeña. Así nació el grupo.

Después llegó como asesora la hermana Esther Siria Yepes, quien capacitó para hacer bolsos didácticos para dar apoyo a niños y niñas desplazados. Esta iniciativa fue financiada por la UNICEF. También contaron con el apoyo del padre Leonidas Moreno y con personas que llegaban de Bogotá de la Comisión de Justicia y Paz a dar talleres de Derechos Humanos.

En 1997, viene el gran desplazamiento del Chocó y algunas empezaron a enseñar modistería y derechos humanos a las mujeres que llegaron al coliseo y a la parroquia El Santo Ecce Homo. Se hacía reuniones con profesionales en atención psicosocial para trabajar las afectaciones por todo lo vivido: la pérdida de los seres queridos, el abandono del territorio y la vulneración de otros derechos humanos.

Luego vinieron los proyectos productivos con el apoyo de organizaciones e instituciones internacionales y nacionales; en ese entonces las mujeres trabajaron haciendo toldillos, y ropa materna para las familias desplazadas que estaban en el coliseo.

El grupo fue creciendo con la entrada de muchas mujeres víctimas de la violencia del conflicto armado. Siempre ha sido un grupo para apoyar mujeres, para ayudarse entre todas a salir adelante en medio de condiciones de mucha vulnerabilidad y con muchas necesidades.

Asomupaz tuvo desde 2000 y hasta 2007 como asesora a la hermana Nolvía Varela, quien con su trabajo consolidó el grupo y se iniciaron proyectos importantes que ahora son realidad como: la sede propia, los comedores y la fábrica de arepas; este proceso fue apoyado y financiado por Heks Colombia. A todas las Hermanas de la Comunidad Madre Laura, las mujeres de Asomupaz agradecen mucho el haberlas impulsado, apoyado y asesorado durante muchos años.

Un momento de transición y de cambio fue cuando el grupo dejó de tener el acompañamiento de las hermanas Lauritas. "Ellas nos dieron el poder para caminar solas" afirman varias asociadas y fueron ganando elementos y empoderamiento hasta lograr en el presente la autonomía para continuar por sus propios medios.

Además de HEKS, en el andar institucional han contado con el apoyo de organizaciones como la Consejería en Proyectos PCS-Colombia, GAIA-Colombia, Swissaid-Suiza, el

SENA-Urabá, Justicia y Paz-Bogotá, el DPS (Departamento para la Prosperidad Social)-Bogotá, la Universidad de la Sabana-Bogotá, la Gobernación de Antioquia y la Cámara de Comercio de Urabá.

Asomupaz está legalmente constituida desde el 28 de agosto del 2005 en Turbo, Antioquia, con domicilio en el barrio Buenos Aires. Actualmente son 70 mujeres asociadas. Cuentan con una sede propia, con tres Comedores Populares (dos en el municipio de Turbo y uno en el municipio de Apartadó), con una fábrica de arepas de maíz llamada Las Turbeñitas, con un Fondo Rotatorio de Crédito, un Fondo de Libre Inversión y un Fondo de Apoyo para Mejoramiento de Viviendas y con dos locales arrendados para solventar parte del funcionamiento de ASOMUPAZ.

También desarrollan capacitaciones técnico-productivas y formación para el trabajo, al igual que otras formaciones para la valoración, dignificación y empoderamiento de las mujeres, la equidad de género y el fortalecimiento organizativo.

El contexto vivido por las mujeres

(línea de tiempo en dos páginas)

Ya a comienzos de 1997 se registraban los primeros miles de desplazados a causa de las incursiones de las ACCU (Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá) y las operaciones militares por aire y tierra de las Fuerzas Armadas en el Bajo Atrato, en la Cuenca del Río Cacarica, el Salaquí y en la medida en que avanzaban río Atrato arriba, atacaban y desplazaban las comunidades de las cuencas de los ríos Curvaradó, Vigía de Curbaradó, Domingodó, Jiguamiandó y el mismo Riosucio entre otros. De esta región más de 50 comunidades fueron desplazadas y en su mayoría salieron hacia Turbo y Pavarandó (Antioquia), Riosucio (Chocó) y algunas atravesaron por el Darién hacia la frontera con Panamá.

Posterior a esta primera arremetida paramilitar y luego de un proceso de acompañamiento de la Iglesia, el apoyo de la comunidad internacional y extensas, duras e infértiles discusiones con el gobierno del entonces presidente Ernesto Samper, algunas de las comunidades en especial las desplazadas en Pavarandó y Riosucio hicieron, a finales de 1997, su declaratoria como comunidades de pPaz de San Francisco de Asís, aunque tan solo a comienzos de 1998 se comenzaron a dar los primeros retornos; luego vino la de Curbaradó, que se declararon Comunidades de Paz, de Natividad María y las del río Salaquí, que se autodenominaron Nuestra Señora del Carmen. Finalmente y luego de más de 3 años de desplazamiento en Turbo, se da el retorno escalonado de las comunidades de Autodeterminación, Vida y Dignidad del Cacarica a comienzos del 2000, el cual se extendió aproximadamente por un año, debido igualmente al incumplimiento del Estado a los compromisos pactados con la comunidad y a la carencia de condiciones de seguridad para su retorno.

La misma situación se vivía desde 1996 y 1997 en el Medio Atrato, período en el cual los paramilitares iniciaron sus incursiones en esta región, extendiendo su dominio y presencia en Quibdó, punto de instalación, control y movilización a toda esta región, incluyendo los ríos aledaños, los municipios de Lloró, Bagadó y en general todo el departamento. Mientras todo esto sucedía, la guerrilla también intensificaba su presencia en la búsqueda de la recuperación del territorio perdido.

Desde esta época se registra igualmente el desplazamiento masivo de campesinos e indígenas de regiones como Juradó, Riosucio, Alto Baudó, Bojayá, Vigía del Fuerte, Tadó y en general de toda la región que comprende el Medio Atrato y las comunidades vecinas. Todos ellos han salido principalmente hacia Quibdó.

Recordamos con mucha emoción la llegada de Atratiándo, experiencia de movilización de las comunidades por el río Atrato hasta el Golfo de Urabá que se organizó en solidaridad con la población desplazada por el conflicto armado y en la que también se buscó, simbólicamente, recuperar el río de las manos de los actores armados. Peregrinación organizada en el 2003 por la Diócesis de Quibdó como acto de solidaridad con las comunidades y de resistencia contra el cerco que habían impuesto los actores armados en toda la zona ASOMUPAZ cumplió un papel muy importante en esta experiencia y se hizo cargo del recibimiento de Atratiándo en el municipio de Turbo.

Historias de Vida



ROSALINA ROMAÑA



En ASOMUPAZ aprendí mucho; aprendí a valerme como mujer y tener autoestima, a no dejarme pisotear por mi marido. Aquí estoy viviendo momentos inolvidables

Nací el 9 de julio de 1948 en San Juan de Urabá. Mis padres se llamaron Célimo Romaña y Atanasia Monterrosa. Tuve once hermanos pero quedamos cuatro. No tuve una infancia porque mis padres eran muy estrictos; no me dejaban jugar con nadie. Desde pequeñas, a mi hermana y a mí mi mamá nos ponía a trabajar; en nuestra casa no tuve juguetes, mi mamá siempre me hacía muñecas de trapo y como ella hacía panes para vender, también me hacía mi muñeca de pan, para mí eso era una delicia inolvidable, ese detalle nunca lo voy a olvidar.

Mi casa al principio era de palma y madera; luego el techo fue de zinc. Al piso le echábamos ceniza para afirmarlo. Vivíamos con mi hermano, mi mamá y el señor que me crió.

Hacía mucho oficio. Rallaba yuca para hacer panderos, criaba gallinas y sacaba huevos. Mi casa era grande, había muchos burros y llegaba mucha gente. Yo hacía coronas para los niños muertos. Eran de papel de colores o de ramitos de flores.

El señor que me crió era peluquero. Mi mamá decía que él me quería más a mí que a mi hermano.

Como a mí me echaban la carne más pequeña en la comida yo me comía la porción de mi hermano. Es que tenía mucha hambre o me gustaba mucho la carne, ya no recuerdo pero

mi mamá decía que en las noches yo me levantaba a morder a mi hermano. Peleaba mucho con él porque era flojo. Realmente no tuve la dicha de una infancia feliz. Vivía apartada.

Pasé a la juventud sin saber la alegría de unos quince años; cuando los cumplí llegué a una tienda a comprar una tela para mandar a hacer mi vestido, me puse a llorar y el señor de la tienda me preguntó que "por qué lloraba" y yo le contesté que estaba cumpliendo quince años y que ya estaba vieja. Entonces el señor me dijo que no llorara porque apenas estaba llegando a la flor de juventud; en realidad yo no comprendí esas palabras.

Turbo tenía fama. Fuimos de los primeros invasores del barrio Gaitán. No teníamos casa propia sino alquilada. Nos tocó muy duro; había unas raíces muy grandes (mangle) y mucho pantano. Con mi papá y mi mamá nos tocó invadir unos terrenos; allí se hizo el rancho y cuando subía la marea se llenaba de agua, uno se despertaba metida en el agua. Para sostener a toda la familia hacíamos arepas y panes que mamá salía a vender por las fincas bananeras. Con el tiempo tuvimos que pagar los lotes para que nos dieran papeles.

Estudí hasta quinto de primaria en San Juan de Urabá. Llegó mi juventud, que tampoco la disfruté porque llegó un hombre que marchitó mi vida. Él me enamoraba pero a mí no me gustaba; me hizo brujería y me fui con él. Cuando ya empecé a entender, las cosas cambiaron. Imagínese que para tener relaciones, si yo no quería él me pegaba y yo me iba corriendo para mi casa donde mi mamá. Yo le decía que yo no lo quería, que no iba a volver más con él. Me daba dolor de cabeza y salía corriendo otra vez para donde él, entonces se turbaba y me decía que él sabía que yo tenía que volver. Para yo salir de ahí tuvieron que hacerme remedios pero quedé traumatizada.

Después con el tiempo conocí a un muchacho en Turbo pero mi mamá no gustaba de él. Decía que no usaba calzoncillos; a mí me gustaba. A él le gustaba mucho el trago y era casado; me daba serenatas; pero como mi mamá era opuesta, una noche fue a darme una serenata y mi mamá le echó orines, el muchacho jamás volvió.

Luego me fui con Jaime Garrido, era un reconocido diputado en la asamblea. Era un señor respetable; casado, con muchos hijos, tuve un hijo con él y luego me separé.

Después me casé con Jorge Enrique Morales, de 45 años y yo tenía veintitrés. Él tenía lancha en la que transportaba banano y ganado. Viví treinta y cinco años con él y tuve dos hijos. Fue mi tormento, muy mujeriego, pero gracias a que mis compañeras que me dieron mucho apoyo y mucha fortaleza, aprendí a valerme como mujer y tener autoestima, a no dejarme pisotear por mi marido. Soporté mucho hasta que la muerte nos separó hace diez años. Ese fue un momento muy duro para mí porque también me alejé de Asomupaz, pero la hermana Nolvía me mandó a buscar y aquí estoy.

Ahora tengo un agradecimiento con Dios por mis hijos que son una bendición, por mi mamá que murió hace cinco años y dejó un vacío grande porque las tristezas, las ausencias siguen, pero ahora tengo el apoyo de otras mujeres que tienen como yo

dolores parecidos y también más alegrías para compartir. En Asomupaz estoy viviendo momentos inolvidables.

JULIA ESPERAZA VAHOS CASTAÑO



Todo estos proyectos y cambios que hemos vivido me han aportado mucho y aquí he tenido apoyo para enfrentar muchos vacíos

Uno sabe que la muerte está ahí al lado, junto con la vida. Y en mi vida ha estado más porque desde los años 80 he perdido a seres muy queridos.

Nací en Santo Domingo, Antioquia hace 51 años en un hogar donde teníamos muchas necesidades, éramos una familia grande con trece hermanos. Mi papá, Jesús Vahos Patiño era carpintero y mi mamá, María Margarita Castaño Osorio era ama de casa. Yo empecé a realizar oficios varios para poder ayudar con mis gastos escolares. Cuando estudiaba la primaria vivíamos en Nueva Granada y allí ocurrió la muerte de mi hermano mayor. Después, en 1980 mi papá que buscaba cómo mejorar nuestra situación económica nos vinimos para la vereda La Esperanza en el corregimiento El Tres del municipio de Turbo.

Yo tenía 16 años cuando me casé con José Arbey Bedoya Duque, con él tuve a mis hijos Elmis, Wilbran y Leandra. Tocaba trabajar muy duro para conseguir un patrimonio familiar, pero cuando íbamos mejorando, en los años 90, empezamos a tener problemas con los grupos armados al margen de la ley que llegaron a la zona rural y en 1996 mataron a uno de mis hermanos. Fue un hecho muy trágico y doloroso tanto para mí como para mi familia.

Entonces con el dolor latiendo y la vida por delante nos vinimos a la zona urbana de Turbo, buscando nuevas posibilidades de subsistir. Aquí me encontré con un grupo de exalumnas de modistería del Centro Madre Laura, creado en 1978. El Centro seguía su labor y en marzo de 1994 varias de nosotras lideradas por la hermana Aura Helena Molina nos reunimos los sábados para

dialogar sobre otros aspectos de nuestra vida personal, familiar y social, así un año después nació Asomupaz, Mujeres Portadoras de Paz. Recuerdo que tuvimos un primer encuentro en Apartadó y allí ya nuestras inquietudes estaban en dos asuntos: cómo superar el yugo de nuestros maridos y la situación de los desplazados que llegaban a Turbo.

En febrero de 1996, veinticuatro mujeres empezamos procesos formativos con el padre Leonidas Moreno, gracias al apoyo de las hermanas Laura, del padre y de Justicia y Paz hicimos marchas por los derechos de las mujeres, por la no violencia contra la mujer y en general, por los derechos humanos, porque eran temas nuevos para nosotras y para los turbeños también.

Este camino y el convencimiento que teníamos lo reafirmamos en una ceremonia religiosa en diciembre de 1996 en la que nosotras nos comprometimos como Asomupaz a ser el ánimo, el apoyo de las mujeres turbeñas y a continuar en el compromiso por los demás.

Con el desplazamiento de Salaquí Chocó, en el 97, empezamos a ayudar a las familias que ubicaron en el coliseo. Justicia y Paz daba el acompañamiento moral y jurídico a las familias y yo me involucré mucho porque también tenía a una hermana desplazada en ese grupo. Nosotras hicimos ropa, toldillos, vestidos maternos, sábanas para las familias. Desde entonces me gustó mucho ayudar a los demás, en esos años Dolores Castro, Miladys Solano, eran las representantes de Asomupaz.

Todo estos proyectos y cambios que hemos vivido me han aportado mucho y aquí he tenido apoyo para enfrentar muchos vacíos, mi padre murió en el 2005 y tres años después mi hermano menor. Ahora quedamos diez hermanos.

En la actualidad sigo viviendo en Turbo y tengo seis nietos que son prácticamente mi nuevo motor para seguir adelante. Yo críe a una nieta porque mi hija se separó del esposo, se fue para Bogotá y me dejó a la niña. María Camila ya tiene 17 años, terminó el bachillerato y ahora estudia Logística Portuaria en la Sede de Cámaras de Apartadó.

También soy una mujer independiente, manejo un negocio propio con una compañía de nutrición celular llamada Herbalife, con estos productos me adelgacé, gané salud y también gané una tranquilidad económica.

Aunque no sea tan activa como antes, mis sueños están ligados a Asomupaz, me gusta compartir con las otras mujeres este momento de mi vida y sigo trabajando mucho porque me gusta sacar a mi familia adelante y viajar. Viajar es despertar la ilusión, despertar a nuevas experiencias más alegres, más bonitas y mientras tanto que la muerte se entretenga un rato en otra parte.

ANA DOLORES GUERRA



Ahora mi vida es más tranquila, hoy en día me siento feliz con los espacios que tenemos para seguir trabajando con las otras y por las otras mujeres

Mi segundo nombre y mi apellido son como mi vida: desde niña, he tenido dolores y para dejarlos atrás me ha tocado librar una guerra y otra hasta lograr ser la mujer y la abuela de hoy. Tenía yo quince años cuando decidí conseguir marido porque en la casa me tocaba trabajar mucho. Por los malos tratos de ese hombre me escapé embarazada y conocí al hombre que me hizo brillar los ojos de felicidad, después la violencia me lo arrebató, lo perdí. Y con ese dolor me tocó empezar de nuevo.

Vivíamos en Guadualito, de El Tres² para adentro. La casa era de palma. Teníamos el potrero cerquita para que las vacas no se metieran. Vivía con mamá, el padrastro y cuatro hermanitos: tres mujeres y un hombre. Yo era la mayor y me tocaba el trabajo duro: cortaba leña para cocinar, cogía plátano y yuca. También tenía que arriar el agua de un pozo y lo hacía cargándola sobre la cabeza. Todo lo hacía con mi hermano Juan. En la tarde pilaba el arroz para cocinar. A veces me revelaba y preguntaba por qué no pilábamos todo y más en un día en vez de todos los días. Yo me quejaba mucho. Otros días era perezosa, entonces Juan llenaba la vasija de agua y me ayudaba a cargarla.

Yo estudié muy poco en el campo, luego me mandaron a estudiar a Río Grande donde mi madrina. Ella se iba a vender vendajes y yo tenía que lavar y cocinar. Un día yo dije que quería unas tajadas y ella respondió que no. Yo era respondoncita porque ella me mandaba a lavar ropa

² Corregimiento de Turbo, Antioquia.

hasta con gusanos pero no me pagaba, me decía que luego me daba la plata. Entonces no tuve la oportunidad de estudiar por tanto trabajo y a los 15 años por la situación que estaba viviendo busqué el escape, me fui para Bajirá con un hombre y tuve cuatro meses de un noviazgo; en ese tiempo supe lo que era un marido violento, quedé embarazada pero me vine para Turbo porque no iba a aceptar que él me pegara.

A los dos meses de vivir con mi hermana Teodora, conocí a Andrés Mestre, un hombre solo que también tenía una niña. Iniciamos amores y cuando ella nació nos fuimos a vivir juntos a una casa que él tenía en el barrio Jesús Mora, eso fue en el año 74. Los dos éramos muy jóvenes, él tenía 26 años y yo 16 y ya teníamos obligaciones. No me fue nada mal con Andrés. Él trabajaba en el sindicato de embarcadores de banano en Nueva Colonia³. Nos casamos por la iglesia, Andrés reconoció a mi primera hija y yo le críe la de él. En 1976 tuvimos a Francisca, la primera hija de nuestra unión, luego vino Luz Stella y Deiver que nació en 1981.

En 1991 nos conseguimos un lote en una tierra abandonada que tenía una familia rica de Turbo. Desde los 80 aquí era muy normal las invasiones, así nacieron los barrios Julia Orozco y Huber Quintero y después pasaron a invadir el terreno de la finca La Florida. Mi marido era muy activo cuando escuchaba de invasiones, él siempre iba a las reuniones donde se promovía la invasión con la propaganda de recuperar tierras para los pobres. Las invasiones tenían tres momentos. Uno era el llamado con gente que tenía cercanía con las FARC y gente cercana al EPL. Luego que se tenía el lote esos grupos ya no se veían, eran otros tiempos, no habían enfrentamientos entre ellos y la organización campesina y social que tenían esas tomas de tierras eran muy buenas, de mucha solidaridad entre todos para dividir los terrenos, para organizar las casas, construir con nuestras propias manos las carreteras, los caminos. El tercer momento era la negociación con las autoridades para obtener papeles de propiedad porque ya no podían desalojar a tanta gente. En nuestro lote se ubicaron 42 familias con igual número de parcelas.

Así vivimos hasta que en abril de 1995 llegaron los paramilitares. Yo sentía mucho miedo, nosotros sabíamos que esas tierras habían sido recuperadas con ayuda de la guerrilla, después el Incora compró los terrenos, parceló y el terreno quedó legal.

El recuerdo de esos años siempre viene con lágrimas. Yo pasaba noches muy tristes, yo no podía dormir cuando mi marido salía a reuniones con el sindicato o a tomarse unos tragos, los paramilitares empezaron a hacer redadas, a levantar a la gente y a subirla en un carro blanco que hacían llamar *Camino al cielo*. Luego empezaron a desaparecer la gente y así cayó mi marido.

El 29 de agosto de 1995 estábamos haciendo un puente de entrada a la vereda, con la Junta de Acción Comunal hicimos gestiones para que el municipio nos diera una parte y nosotros poníamos la madera y los clavos. A cada parcelero le tocaba dar 2000 pesos, pero hubo dos que no quisieron dar el dinero. Los dos vecinos que no estuvieron de acuerdo en dar los dos mil pesos fueron donde los paramilitares inventando que mi esposo y la Junta estaba extorsionando a los campesinos.

A uno se le olvidan algunas cosas, pero nunca lo que sucedió ese día. Esa mañana, muy temprano llegamos los dos junto con mi hermano Juan a la parcela. Andrés empezó a cortar las hojas de una mata de plátano y a ponerla en el piso de tierra porque los racimos no se pueden dejar en el suelo directo y me preguntó:

- Negra este racimo ya está bueno?

³ Corregimiento de Turbo, Antioquia.

- Yo le dije, si no sabes tú que eres el experto yo menos. Él se rió y se entró a la parcela, no nos dijimos nada más.

Minutos después, a las ocho y media de la mañana llegaron dos hombres vestidos de militar a preguntar por un Miguel, que si mi esposo se llamaba así yo les respondí que no, que mi esposo se llamaba Andrés. Pero Miguel era el presidente de la Junta, que vivía atrás de nuestra parcela, en ese momento llegó mi hermano Juan, él no quiso responderles preguntas y se entró a la parcela.

Viéndome sola uno de los hombres se me acercó y me dijo que entregara el fierro (el revólver) de mi marido

- ¿Cuál fierro?. Mi marido no tiene nada de eso. Si cree que es mentira, entre y requise. Los únicos fierros que utiliza son esos machetes que usted está viendo.

Durante unos minutos ellos siguieron con las preguntas y caminando por toda la casa.

- ¿De quién es esta finca?
- De nosotros, le respondí
- ¿Cómo así de nosotros?
- Tengo entendido que cuando las cosas son del marido también son de la esposa.
- ¿Hasta dónde va esta guarda raya
- Hasta donde acaban los linderos porque los demás vecinos salen por el otro camino.
- ¿Quién más fuera de su esposo y su hermano está en la platanera?
- Más nadie. Mi marido está cortando y mi hermano está cargando.

El hombre dio la vuelta a la casa y miró un pilón que estaba cubierto por una carpa azul, la tocó, y dijo que la carpa era prenda militar.

- Si fuera prenda militar no la venderían en los almacenes. Esta la compramos en el almacén Eduardoño de Turbo. Le dije y bajé la carpa, la tendí en el suelo y le mostré el letrero del almacén.

Al hombre no le gustó, me dijo que se llevaba la carpa y me tiró un saco de abono para meterlo en la carpa.

- Con mucho gusto, le dije. Agarré el saco y lo guardé en la carpa.

El hombre me arrancó de las manos el paquete y antes de irse me dijo:

- Bueno, siga en su embarque. Si alguien llega preguntando, por aquí nadie ha venido, cuidadito con ir a hablar.
- Si no toca, de mí no hablo.

Después uno de ellos hizo una seña y entraron como 80 hombres, todos vestidos de militares con armas largas. Como a los 20 minutos vino mi hermano Carlos asustado, pálido y me dijo:

- Negra, vamos a hacer una oración porque Andrés se lo llevaron. Esos tipos dicen que sigamos con el embarque de plátano, pero tenemos que irnos de aquí ya, rápido.

En el camino de vuelta a Turbo, mi hermano me contó que los hombres habían llamado a Andrés extorsionista de las FARC, que por qué le quería quitar cinco mil pesos a los otros campesinos y lo sacaron de la parcela.

Ya en Turbo llegaron los días más difíciles para nosotros, muy tristes, con la esperanza de que algún momento mi marido apareciera. Yo puse la denuncia en la Defensoría del Pueblo, luego en la Fiscalía, así seguí por varios días y meses, pero nunca obtuve justicia. Andrés fue un hombre bueno, dedicado al trabajo, a la familia; juntos conseguimos otra casa y luego la parcela para asegurar el futuro. Cuando desaparecieron a Andrés, al poco tiempo los padres de él se llevaron la hija mayor. Yo alquilé la casa y me fui a vivir donde mi hermana. Le dije a ella que cogiera la otra casa del barrio Julia Orozco.

Los paramilitares volvieron, rondaban la parcela, fueron meses duros hasta que mi hijo me dijo: "hasta hoy la acompaño mamá, venda esa parcela y quitémonos ese problema". Entonces tocó venderla a un señor de Currulao pero el precio no fue el mejor para nosotros.

El dolor me llevó a Asomupaz y en 1996 empecé a recibir las primeras capacitaciones que me dieron alegría. En la Asociación mi vida cambió, aprendí a valorarme como persona; con las otras compañeras he podido conocer partes del país que no pensaba de conocer.

Tengo a una hija y una nieta a mi lado. Mi hija de crianza viene a visitarme cuando estoy enferma o con dificultades y el varón también es muy especial conmigo. Ahora mi vida es más tranquila, hoy en día me siento feliz con la ayuda de vivienda que recibí, con los espacios que tenemos para seguir trabajando con las otras y por las otras mujeres. Todavía lloro por las cosas tristes de tiempos muy lejanos, por Andrés, por la belleza del campo que teníamos, pero las lágrimas ya no me duelen como antes.

GERTRUDIS BLANCO



Vivir en soledad es muy maluco, pero es mejor vivir sola que mal acompañada. Mi casa se estaba hundiendo, pero gracias al Señor y al fondo de vivienda de Asomupaz, ya no me mojo.

Nací en Turbo un 18 de Julio. Vivo en el Barrio Jesús Mora de Turbo.

Soy una de las mujeres fundadoras de ASOMUPAZ.

Vivíamos al lado de la casa de la abuela en el barrio Baltasar de Casanova de Turbo, por el cementerio. Esa casa era de madera y piso de tierra, al lado de la de mi mamá que era de tambo y madera.

Yo me apegué a mi abuela, con ella viajábamos para el monte a la finca de plátano. Allá cosechábamos maíz y arroz. En la finca mi abuela criaba animales. No se robaban nada, todo permanecía allí.

Mi niñez fue muy feliz con ellos y ellos conmigo.

Yo me montaba en los árboles y montaba columpio.

Estaba mucho en el río, había unas pozas de las que en las noches sacábamos camarón.

A los 8 años volví con mi mamá para estudiar. Fue algo duro. Mi mamá tenía su marido que no era mi papá. Ese señor decía que yo pasaba y le escupía a la anterior mujer de él. Él me tocaba y yo me lo sacaba y le decía su poco de cosas. Si yo le decía a mi mamá, ella me pegaba, entonces yo le decía a mi abuela. Yo siempre me encaraba (enfrentaba) al hombre. Así estuve hasta quinto de primaria. Ese era el máximo de estudio que teníamos.

Ante tanta cosa, me organicé con marido a los catorce años y a los quince tuve el primer hijo. Vivimos en el Barrio Gaitán, en Turbo. Allí hicimos un ranchito y nació mi segundo hijo. Salimos de pelea y me dejé con él. Regresé a mi casa. Me fui a trabajar a la finca y allí murió el pequeño, dicen que de mal de ojo. Tenía tres años. Allá para donde me había ido, todos me cogían al niño y lo pasaban de mano en mano. Él empezó a echar un líquido verde, a eso le dicen botar la hiel. Así es cuando a uno le hacen mal de ojo.

Me vine con el otro hijo a Turbo. Si yo hubiera sabido le busco el remedio para esto y que le recen para la afección. La tristeza fue muy dura. Me dio por beber trago.

Me acomodé con otro señor durante muchos años. Le dio diabetes y se complicó. Ahora estoy sola, el hijo vive en Medellín.

Mi casa se me estaba hundiendo, pero gracias al Señor y al fondo de vivienda de ASOMUPAZ, ya no me mojó.

Vivir en soledad es muy maluco, pero es mejor vivir sola que mal acompañada. El nieto duró un año aquí conmigo pero fue un año de martirio. Él iba cogiendo las cosas como si fueran de él y hacía lo que le daba la gana.

Acá en Asompuaz vengo, me entretengo, soy feliz.

BIENA CUESTA ROBLEDO



*Ahora estoy un poco feliz porque como yo no tuve juventud,
estoy gozando mi vejez*

Nací el 15 de Junio de 1968 en Brisas del Mar-Turbo.

Cuando yo era niña recuerdo que fui tremenda. Mi mamá me pegaba y yo salía corriendo; lo único es que yo no era resentida porque al rato estaba como que no me había pasado nada. Yo era una niña a la que no le dejaban tocar nada de los otros niños. Mi mamá era muy rígida.

Estudí desde primero hasta quinto y tuve mi primer hijo a los catorce años; después tuve el otro hijo. De ahí me fui a vivir a otro pueblo que se llama El Bagre, Antioquia. Allá estuve doce años; tuve tiempos buenos y tiempos malos porque el papá de mis hijos me daba mala vida. En El Bagre salí embarazada de la niña. Tuve tres hijos: dos varones y una hembra.

Después me vine para Turbo otra vez porque me le volé al papá de mis hijos. Me metí a trabajar en una finca en la que duré seis años. Volví a estudiar y terminé el bachillerato. Me volví a comprometer con otro hombre con el que viví cinco años; no nos comprendimos y nos dejamos. Empecé a trabajar en los comedores de Asomupaz; empecé a hacer préstamos para construir, hasta que llegó el mejoramiento de vivienda.

Ahora estoy un poco feliz porque como yo no tuve juventud, estoy gozando mi vejez. Voy para donde yo quiera. No tengo hijos pequeños, tengo dos hermosos nietos que los quiero con toda mi alma. El compañero que tengo me saca cada rato, me lleva para todas partes. Como pobre vivo muy bien. Le doy gracias a Dios y al Santo Ecce Homo que tengo a mi madre viva, a mis hijos y a mis hermanos. Y le doy gracias porque tengo vida y salud. Yo tengo cuarenta y siete años de edad; soy una mujer muy divertida, me gusta mucho la rumba, el baile, la risa, el chiste, la broma. Me siento muy entera, joven, alegre, parrandera y gozona.

CLARA HELENA CÓRDOBA MESA



En la Asociación nos entendemos, nos respetamos, somos muy unidas porque aprendimos a hacer unidas entre mujeres

Quiero contar mi historia porque a uno se le olvidan las cosas. La historia de mi vida es sobre cómo uno gana respeto o como aprendí lo que es eso.

Con mi marido me fue muy mal, tuvimos seis hijos y lo aguanté 24 años por mis hijos. Al principio fue bueno, pero después se envició con la marihuana, el basuco, cayó a la cárcel en 1981 y luego fue peor, dejó de conducir el bus escalera del que vivíamos y ahí fue cuando me tocó salir a trabajar a casas de familia. También reparaba rellenas, pasteles, rifas, bolis, para vender en mi casa o para que los hijos vendieran en la escuela.

Yo llegué a Asomupaz porque una amiga mía me trajo, eso fue en los años 90. Recuerdo los primeros cursos con la hermana Nolvía cuando ella nos impulsaba a que las mujeres no podíamos estar ni oprimidas por los hombres ni estar de manos cruzadas sin hacer nada, a lo que el hombre quisiera hacer con uno. Yo asistía a los talleres y encuentros con mujeres, pero el cambio de uno es lento, muy lento, yo seguía trabajando y aguantando muchos golpes. Mis hijos, los vecinos, todos estaban preocupados por los abusos de ese señor vicioso hasta que una noche mi marido llegó y me pegó en un ojo, me reventó la nariz, yo botaba sangre por la nariz y por la boca y en ese momento, toda reventada tomé valor y lo saqué, lo eché de la casa. No supe nada más de él, desapareció de mi vida, de la familia, del barrio.

Desde entonces quedé curada, yo le pedía a mi Dios: señor si es tu voluntad que yo conozca otro marido por favor no me des un hombre de la tierra⁴, no lo pongas en mi camino. Y así fue, con 47 años quedé sola, sacando mis hijos adelante.

Yo seguí en Asomupaz y trabajando con ventas diferentes desde la casa. Cuando un día la hermana Nolvía me llamó para que administrara un comedor popular, eso fue en el 2004. La señora que estaba a cargo no le iba bien en las ventas y en cambio a mí me fue bien, al poco tiempo de empezar yo traía la plata de una semana de ventas y las señoras de la Asociación se sorprendían, "¿cómo así, si esto era lo que se vendía en un mes?", decían. Luego de unos meses me fui para Apartadó a administrar el comedor de allá y también lo hice muy bien, muchos años, hasta que me enfermé de los ojos, me operaron y ya no pude con el calor de la cocina por eso dejé de trabajar en el restaurante en 2011. Fueron siete años que los trabajé con mucho amor, ya era otra mujer con amor propio y por eso trabajaba con amor, con ganas y seguí en la Asociación porque aquí nosotras pasamos muy bueno, nos entendemos, nos respetamos, somos muy unidas porque aprendimos a hacer unidas entre mujeres.

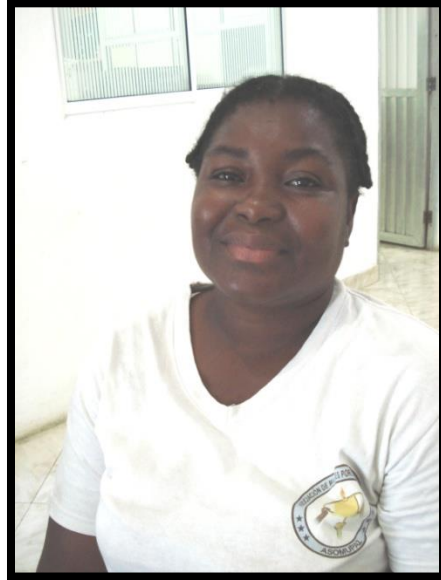
Yo logré darles estudios de bachillerato a todos mis hijos. Mis hijas mujeres no viven conmigo, ya se hicieron profesionales, una es profesora, otra secretaria, otra comerciante. Mis hijos no aguantaron hambre, estudiaron y crecieron con respeto. Mi hija mayor es alta, blanca, mona, como de la familia del papá. Cuando estaba chiquita ella se quería sobresaltar, creerse más que los demás o pedirme cosas que yo no podía darle. Pero yo no lo permitía porque para mí era importante cuidarlos, darles estudio, formarlos en el buen camino. Así ellos aprendieron que las cosas uno las consigue con trabajo, honestamente; aunque no todo lo podemos enseñar los padres, un hijo me lo mataron en el 80 cuando tenía 20 años, por riñas aquí en Apartadó; y el otro trabajaba en Medellín con esas Convivir y ganó enemigos, un día estaba borracho y lo mataron, eso fue en el 2002. Golpes muy duros aguanta uno. Entonces me quedan cuatro hijos y 17 nietos.

Ahora vivo con una nieta y con mi hija que administra un almacén, estoy tranquila, pero cuando uno se acostumbra a trabajar es difícil quedarse en casa sin hacer nada, entonces vendo zapatos que me manda una hija de Bucaramanga, eso no es trabajo material, no exige mucho esfuerzo de mi parte porque tengo mi clientela que me busca en la casa cuando llega nueva mercancía o las compañeras de la Asociación también me compran.

Para mí las reuniones de los miércoles son sagradas, hacemos actividades, jugamos, aprendemos cosas nuevas. Aquí se presta dinero a personas que tienen necesidades, nosotras nos ponemos muy felices cuando se puede ayudar a otras mujeres. Yo gracias a Dios no tuve nuevo marido, no tengo angustias de casa o de violencia familiar y soy muy feliz.

⁴ De Turbo, un paisano.

ZENITH CABRERA MINOTA



Nos fuimos nuevamente a Gedega y comenzamos a sembrar arroz propio. En ese tiempo tuvimos doscientas cincuenta gallinas y sesenta cerdos. La niña tenía dos meses.

No tuve una niñez para jugar. Vivíamos de pueblo en pueblo y de monte en monte.

Mis padres trabajaban la madera y me dejaban en el ranchito del monte. Soy la hermana mayor y creo que desde el vientre me tocaba trabajar.

Vivíamos en ranchos ajenos construidos con palma. Me imaginaba siempre que el tigre me iba a comer.

Los ranchos se hacían con sierra y serrucho de mano. El fogón era hecho con palos en el piso. Yo me caí en el fogón cuando tenía cinco o seis años -muestra la cicatriz de la quemadura.

En el monte había muchos animales y yo les temía.

No recuerdo haber jugado; mi vida y la de mi mamá fueron muy duras. Tuve nueve hermanitos de los que me tuve que hacer cargo mientras mis padres trabajaban en el monte.

Andábamos por allá arriba donde están los indios. Ellos nos brindaban frutas.

Mi papá era de carácter fuerte, con su mirada decía todo.

A los seis años salimos del río Atrato. Me metían a la escuela y me sacaban. Afortunadamente como era inteligente, me ascendían de nivel en el tiempo en el que duraba en la escuela hasta que nos íbamos.

Mi abuelo era cazador y tenía toda clase de perros: para venado, para guagua, para zaíno.

Mi abuelo una vez hizo una casa para los 18 hijos en Gedega⁵ y allí teníamos pieza⁶. Los más sabidos la pasaban muy bien, los otros nos dejábamos de esa gentiza...⁷

Mi abuelo se quedaba con nosotros los pequeños y nos cocinaba; no podía trabajar en el monte porque sufría de epilepsia. Los otros adultos se iban a trabajar.

Un día el abuelo nos echó de la casa por las travesuras de mi hermano. Yo tuve que hacer un cambuche⁸ y cocinar plátano para no morirnos de hambre, recordar eso siempre me hace llorar.

La guerrilla andaba por allá en los pantanos. A los trece años, en ese tiempo, ellos nos regalaban carne. Pero un día nos tocó dejar todo y salir para Urabá a Pabarandó-Mutatá.

Mis hermanitos me llegaban a mí, no a mi mamá. En Gedega-Murindó yo criaba a mis pelaos⁹.

Nosotros nos encargábamos de cuidar los cerdos de mi papá. Mi papá entró a Maderas del Darién y ganaba en ese entonces un millón de pesos, buena platica. Él le daba a un señor la plata a guardar; el señor montó su tienda, le dio estudios a sus hijos y a mi papá no le devolvió nada.

También teníamos una tía muy buena llamada Murillo Minota. Alquilaba una lancha y llevaba un montón de cosas. Ahora que hablo de ella me doy cuenta que era muy libre, a ella no le importaba dejar marido. Yo me iba a volar con ella pero mi papá se dio de cuenta y me pegó una golpiza. Me puse a pensar: "para qué me quedo aquí". Todas las muchachas se iban a estudiar y yo nada. Unas primas de él se volaron y él me dijo: Si usted se vuela a su casa no voy. Mi papá me sacaba del bailadero a cachetadas. Mi mamá le dijo un día: ¿Es que la estás cuidando para vos?

Yo ya tenía novio a los dieciséis años. Duramos como dos años. Mi novio me dijo: vámonos a vivir juntos. Yo le dije, vaya hable con mi papá.

Mi novio habló con mis papás, saqué todo de mi casa y llegué a sufrir donde mi suegra en Turriquitadó. Paré allí cinco años y me gasté lo que tenía porque sembrábamos arroz y

⁵ Corregimiento del municipio de Murindó, en Chocó.

⁶ Alcoba.

⁷ Barbarismo. Se refiere a "muchacha".

⁸ Refugio improvisado.

⁹ Colombianismo. En este caso indica niños y niñas

todo era para el suegro. Él era toma trago. Nos fuimos nuevamente a Gedega y comenzamos a sembrar arroz propio. En ese tiempo tuvimos doscientas cincuenta gallinas y sesenta cerdos. La niña tenía dos meses.

El río era hermosísimo, se comía vacío¹⁰, sin liga¹¹, porque así queríamos. Había mucha sabaleta¹².

Cuando tenía ocho meses de estar allí, fue el terremoto de Murindó. Nos sorprendió estando solas en la casa, quedamos atrapadas. El lodo salió, la tierra y las piedras se hundieron. A los hombres, los pilló en el río.

Nos fuimos para el pueblo. Allá nos recogieron pero al día siguiente hubo una réplica y nos fuimos a refugiar al cementerio, eso fue muy duro cuando vimos que los ataúdes se salieron de las tumbas.

Luego nos llevaron a cambuches¹³.

Los indios no se salieron de sus pueblos y murieron ciento cincuenta. Nosotros perdimos todo y a comenzar otra vez. Vinieron de otros lugares de Antioquia a ayudarnos a la reconstrucción de las casitas.

A Murindó un día llegó un señor a comprar madera y le dejó a mi marido un dinero para trabajar. Con este compramos víveres (comida) y también consiguió motosierra para trabajar en el monte otra vez. Con la primera venta de madera montó un negocio de abarrotes. Siguió negociando con el señor y así consiguió cuatro motosierras y dos motores fuera de borda.

Cuando ya mi hijo tenía tres años, se metieron los paramilitares. Se dañó otra vez la cosa. Íbamos a Vigía del Fuerte por un mercado de treinta mil pesos y en el río había retén paramilitar en todos los pueblos. Nadie podía ir al monte a trabajar. Controlaban la sal, solo se podía pasar una libra de sal. En esa época me dio paludismo cerebral. Para sobrevivir nos inventábamos estrategias pero fue muy difícil.

Yo regresé allá, me puse a hacer pan para sostener a mis hijos. Si me hubiera quedado allá me hago matar. Pero me devolví para Turbo. Me embarqué, pasé por Murindó tapada, en los retenes el lancharo decía que éramos su mujer y sus hijos. Llegué nuevamente a Turbo en el 99 y aquí sigo desde entonces.

Hace dos o tres meses tuve que contarles la historia a mis hijos.

¹⁰ Con esta expresión se refiere a comer pescado sin otra clase de alimento acompañante.

¹¹ Ibíd anterior.

¹² Pez popular en los ríos del campo colombiano.

¹³ Refugios improvisados con plástico

LEONOR MARÍA RAMOS CÓRDOBA



Yo le pido mucho a Dios por mi vejez, que sea una madre y una abuela comprensiva y que me comprendan

Nací el 10 de abril de 1947.

En mi niñez fui inquieta, juguetona y me gustaba mucho la pelea. Así pasaba el tiempo. Me gustaba respetar a los mayores y no me gustaba hacer mandados. Mi padre era todo amor y como me quería, todo me lo consentía.

Fui muy feliz en mi juventud porque sentía el orgullo de estar rodeada de mis padres. Mi papá se iba a trabajar al monte y no llegaba con las manos vacías, a veces nos llevaba un huevo de paloma, una flor de cariño o una patilla, una torcaza y muchos detalles bonitos.

También me gustaba el baile. Parrandeaba mucho pero con respeto, porque antes uno salía con personas mayores que se hacían responsables de uno y así mismo lo llevaban a la casa.

Yo le pido mucho a Dios por mi vejez, que sea una madre y una abuela comprensiva y que me comprendan. Yo quiero a todos mis nietos y mis bisnietos; ellos me dan todos mis gustos, paseos y me apoyan en todo lo que les pido. Mis hijos y mis nietos dan toda la vida por mí. Que el señor los tenga con amor y salud para que nos sigan brindando todo el amor que desde pequeños nos han dado.

En la casa donde yo di mis primeros pasos, levanté a mis hijos y ahora estoy criando a mis nietos y bisnietos. Gracias padre por ser un padre ejemplar.

Doy gracias al grupo de Asomupaz, en el que me siento muy bien y orgullosa de pertenecer a éste. Doy gracias por abrirme sus puertas.

DOLLY PINEDA



Antes yo por todo lloraba. Me daba miedo a hablar y ahora nadie me para cuando empiezo a ayudar a los demás o a contar algo.

Mis compañeras dicen que yo trabajo medio tiempo en Asomupaz y otro medio en la Asociación de Usuarios de Coomeva, pero eso no es cierto. Lo que pasa es que cuando yo veo a alguien callado, cabisbajo o llorando, yo me acerco a preguntarle ¿qué le sucede? ¿qué necesita? Y como en Coomeva me conocen porque soy parte de la Asociación, yo gestiono, llamo al gerente, al director, al que sea y así he podido ayudar a muchas personas que necesitan una atención en salud digna, oportuna. Entonces esas gestiones son de muchas llamadas, ir a un lado y a otro hasta lograr la atención y la solidaridad de personas cercanas y en eso se va tiempo, pero nunca descuido a Asomupaz.

Yo aprendí todo esto de los derechos y otras cosas como por ejemplo a preocuparme por mi misma, gracia a Asomupaz.

Nací el 20 de febrero de 1970 en Turbo. Desde los cinco años mi mamá estaba enferma, se enloqueció y nos dejó. Entonces a los cinco hermanos nos criaron los abuelos y como yo era la mayor me tocaba hacer todo lo de la casa y también cuidar a mis hermanas. Cuando tenía ocho años hice la primera comunión; la hermana Nolvía nos preparó, ella estaba recién entrada a las Misioneras Lauritas.

Ana Delia Pineda, mi abuela, nosotros le decíamos mamita, estaba muy enferma y me tocaba cuidarla; siempre donde ella estaba, estaba yo cuidándola. Desde entonces he estado marcada por asuntos de la salud.

Mi abuela se murió cuando yo tenía catorce años. Ese día yo no estaba con ella porque me corté el cabello y ella me castigó mandándome para la finca. En una casa vecina una señora tenía dos hijos inválidos y cuando yo hacía el oficio en mi casa y bañaba a mi abuelita, me iba a ayudar a la señora con sus hijos inválidos. La señora como era modista

me hacía muchos vestidos y chores (sic)¹⁴ muy bonitos. Y mi abuela, como era muy celosa conmigo, eso no le gustaba y entonces, en diciembre de 1984, me mandó para la finca y trajo a mi hermanita para cuidarla. Pero el 7 de enero de 1985 mi abuelita amaneció dormida y mentiras, que estaba era muerta. Me acuerdo tanto, que eran las 9 de la mañana cuando nos avisaron. Yo me puse muy triste porque mi abuelita ya no estaba con nosotros, no era tanto por la muerte sino porque qué iba a pasar con nosotros, porque nuestras tías no nos podían tener.

Pasó el entierro y yo estaba muy preocupada. Después del novenario nos quedamos con mi abuelito Guillermo Londoño que nos llevó para el campo y allí vivimos todos y yo seguí encargada del cuidado de la casa.

Mi niñez la recuerdo con olor a matarratón y orégano porque en el campo había mucho de esas plantas. El orégano lo utilizábamos para calmar el dolor de oído. Todos los días eran iguales porque tocaba trabajar con el ganado, sembrar maíz, cuidar gallinas y mulas. Como mi abuelo era arriero de mulas él venía al pueblo a traer lo que producía el campo y nos llevaba unas lecheritas, un pan relleno que nos daba mucha alegría comer. El resto de tiempo era igual todos los días. Uno no sabía qué tiempo era sólo porque en diciembre llegaba la navidad y en enero era el mes de entrar a la escuela, pero yo sólo estudié hasta quinto de primaria.

A los 15 años conocí a Francisco Javier Castaño, mi esposo desde 1985. El principio fue difícil porque mi papá no gustaba de él. Pero después se dio al dolor. Me fui a vivir con él y su papá, que me quería mucho. Allá estaba feliz, pero preocupada por mis hermanas que se quedaron con mi abuelo. Una de mis hermanitas se fue con la madrina y le fue muy bien, estaba muy contenta en esa casa. Todas estudiaron; una ahora es fiscal, otras están casadas, son muy juiciosas y muy buenas madres.

Entonces yo seguí con mi vida en la finca con mi esposo, vivimos cuatro años muy bien, pero buscando tener un hijo me hice todo lo que había, hasta que logré el embarazo. En febrero en 1989 tuve a mi hermoso hijo Jefferson y cuando él tenía tres meses fue que vino la bendita violencia a Urabá.

Llegaron a la finca a las seis de la mañana, dos hombres vestidos de militar a darnos problemas. Imposible olvidar ese día. A mi esposo se lo llevaron para un lado de la finca, lo vistieron con un uniforme viejo diciendo que era guerrillero. A mi niño lo cogió otro hombre y mientras otro me presionaba para que mostrara si éramos propietarios de la finca, el otro bañó a mi bebé, que lloraba como sintiendo todo. Yo estaba peor, llena de susto les respondí sus preguntas, les mostré los papeles de un crédito que nos había hecho el banco, les dije que no teníamos dinero y sólo pensaba: *si estos hombres me hacen algo yo sé que mi papá me busca por cielo y tierra*.

Así pasaron cuatro horas hasta que se llevaron a mi marido y me pidieron 500 mil pesos si lo quería volver a ver. Yo como pude me vine para Turbo a buscar esa plata y la familia me

¹⁴ Barbarismo en plural derivado de la palabra inglesa *short* (pantalón muy corto).

decía que no, que esa extorsión no se podía pagar porque no había garantía de que devolvieran a Francisco. Pero yo fui hasta al banco y otra vez el gerente me ayudó, levanté la plata y los hombres mandaron a otro tipo a recogerla. Como a los diez días liberaron a mi marido, eso fue de película: me contó que era muy tarde en la noche cuando otro tipo, como un mando superior, llegó a la vivienda oscura donde lo tenían y le dijo: *Váyase. Ya pagaron por usted.* Mi esposo salió a un camino oscuro, lleno de miedo porque pensaba que más adelante lo podían matar, cuando de la nada apareció un caballo sin silla y con una cuerda, como si mi Dios se lo hubiera puesto allí. Francisco se montó y corrió tanto como pudo toda la noche hasta que llegó al pueblo. Al otro día dejamos la finca.

Nos fuimos a sufrir de arrimados a Medellín, luego yo me fui con una concuñada y su esposo para La Pintada, Caldas donde un tío. Mi marido se quedó en Medellín, vendiendo higos en una carreta. Yo no sabía más que llorar. La señora no podía poner los frijoles a cocinar si el patrón no se había ido, la mujer no era dueña ni de su cocina, no era dueña de nada. Yo entonces lloraba por todo lo que había perdido, por mi finca, por mi casa que era de las pocas que tenía panel solar; cuando en esa época en Urabá no había electricidad, nosotros teníamos nevera porque el sol nos daba energía. Era muy duro vivir de arrimados por allá y sin Francisco.

Después de cinco años volvimos a Turbo. Pero aquí había otro miedo, había letreros que decían: *Llegaron los mochacabezas.* Yo sentí mucho miedo y entonces dejé al niño con una tía para que empezara la primaria pues el niño ya tenía seis años y con mi esposo nos fuimos de empleados a una finca para Domingodó en el Chocó. Mi esposo se hacía cargo de la finca y yo tenía que preparar comida para 30 trabajadores. Tenía a mi hija Lorena de dos meses de nacida cuando en diciembre de 1996 sentimos un bombardeo terrible, nos tocó correr, dejar todo porque entraron los paramilitares.

De nuevo otra angustia y yo con mi niña de brazos que estaba enferma de mal de ojo. Como había muchos controles en el río porque guerrilleros desmovilizados del EPL se habían vuelto paramilitares y estaban señalando a mucha gente de ser dizque cómplices de las FARC, el recorrido en lanchas fue una desazón constante para nosotras: las mujeres solas que íbamos en las lanchas con los hijos. Yo lloraba mucho y a los hombres eso les parecía sospechoso, entonces en cada retén me bajaban y me presionaban para que explicara mi miedo, mi angustia, hasta que en un retén después de muchas horas, no aguanté más y les dije: *si quieren me matan pero no puedo esperar más porque mi hija se me muere de mal de ojo* y salí corriendo a la casa de una señora muy conocida en curar ese mal. Ahí pasamos un día, al siguiente me dejaron llegar a Turbo con lo que tenía puesto, con mi hija viva y sin saber nada de mi marido. A los pocos días llegó él junto con otra gente que también pudo escapar por el río.

Aquí la situación era peor para otras familias. Yo por lo menos tenía familiares a dónde llegar pero al resto de desplazados los ubicaron en el coliseo municipal, eso era muy triste, en carpas, en colchones tirados, la gente en las escaleras esperando atención. Todos los días yo salía con mis dos hijos a recibir la ración de comida que daban en el

coliseo, luego regresaba a la casa a dormir. Así estuve un tiempo hasta que encontré a la hermana Nolvía y le dije: *hermana, se acuerda que usted me preparó para la primera comunión? Por favor ayúdeme con un trabajo*. Ella me consiguió un trabajo en la casa cural y mientras tanto mis cuatro hijos asistían a talleres a la casa de las hermanas de la Madre Laura. Sí, mi familia había crecido porque la concuñada con la que me fui para Medellín y luego para Caldas se murió. Mi esposo fue al entierro y cuando regresó me contó que los dos niños habían quedado muy tristes, entonces yo no me aguanté y fui por Adalberto y Cruz Helena, yo no podía permitir que a los niños los criaran los abuelos.

Yo duré ocho años trabajando en la casa cural y después de tanto sufrir, pasar trabajos y necesidades, gracias a Dios llegué a Asomupaz. No fue fácil porque me sentía tan mal cuando mencionaban la palabra desplazada, porque aquí decían "*es una desplazada patisucia*", eso me hacía llorar, yo no andaba sucia, pero era desplazada. Yo lloraba mucho. Empecé a ir a las reuniones y a prepararme para ayudar a los otros.

Mi esposo ya tenía un mejor trabajo pero tantos golpes lo volvieron muy arisco, muy alejado de la gente. Yo seguía apoyando a las otras mujeres que tenían maridos que no gustaban de Asomupaz, recuerdo que entre nosotras era usual decir "*esta noche le pegan a fulanita porque vino a los talleres*". Pero nos ganamos un espacio, un poder para nosotras y para los demás.

Mi marido cambió cuando un día le dije: *¿quiere ver lo que hacemos en la Asociación?*. Me puse una camiseta blanca de Asomupaz y llevé a mi marido al puerto a ver a la gente que en septiembre de 2003 llegó denunciando otra vez la violencia porque el Atrato estaba bloqueado. Nosotras les llevamos comida, atendimos a mucha gente que llegó a Turbo en el famoso Atratiando para desbloquear el río. Eso fue muy grande y Francisco entendió mi trabajo.

Gracias a Dios, a tantas capacitaciones y a talleres de Asomupaz he cambiado y me he superado. Desde hace siete años administro el comedor *El secreto del sabor en Turbo*. Mi hijo Jefferson estudió en la universidad de Antioquia, ahora es maestro en la misma universidad y se ganó una beca para seguir con la maestría. Adalberto, terminó Administración Hospitalaria, recién llegó a Turbo y está buscando empleo. Cruz Helena vive en Medellín y es secretaria. Y la niña menor estudia Periodismo en la universidad Bolivariana. Mi esposo trabaja en una empresa y está en licencia por un problema de salud, pero pronto volverá a trabajar normalmente.

A pesar de todo lo que me ha pasado soy muy feliz y vivo contenta con lo que hago y lo que soy. Nunca pensé que sería capaz de administrar algo y yo misma vi que sí soy capaz de hacerlo; lo que uno se propone lo logra. ¿Saben algo? Yo adoro a todas las mujeres de la Asociación. Las quiero mucho porque casi somos iguales en lo que hemos pasado y en lo que hemos superado. Uno aquí aprende mucho de las otras.

EUSEBIA CUESTA MARTÍNEZ



Cuando la organización extranjera nos apoyaba con el sistema de ahorro, me hicieron el préstamo para la casa, así la levanté con piso de material

Nací el 5 de marzo de 1947 en Bojayá-Chocó. Vivía a la orilla del río. Vivo ahora en Turbo, en el Barrio Buenos Aires.

Teníamos frutales: caimito, zapote, guanábana, borjón, chontaduro. Fue muy bonito hasta los nueve años. Nos compraban ollitas y pailitas y hacíamos cocinados. Pero a los nueve años me tocó ser madre. Mi mamá murió de parto de mellos (sic)¹⁵; uno murió y al que quedó yo lo críe.

Mi papá fue muy responsable; nos daba la comida, nos puso de todo; pero nos llevaba de tía en tía.

Cuando mi mamá murió, yo ya había hecho primero de escuela. En Bellavista-Chocó, hice segundo, tercero, cuarto y quinto.

En Quibdó hice el primero de bachiller en el Cañizales. Luego regresé a Bellavista porque mi papá enfermó.

A él se le murieron dos mujeres que tuvo y decían que tenía el hígado blanco.

Como pasamos de casa en casa, de tía en tía, mi hermanito me decía mamá. La que me seguía murió de anemia.

Me quedé en Bellavista cuidando a mi papá. A los diecinueve años tuve marido. A mí me fueron a buscar a mi casa. Ya nosotros teníamos el plan de irnos juntos.

¹⁵ Mellizos.

Entonces dejé a mi hermano donde una tía. A los dos meses de estar acá en Turbo lo mandé traer y también tuve un hijo.

Mi marido se enamoró de otra mujer. Empecé a pasar trabajos, entonces tuve otro marido. Con ese tuve una unión de veinticinco años. Tuvimos cinco hijos, más el hermano que yo crié y que él crió como si fuera su hijo.

Mi marido fue tesorero de Bellavista y llegó a ser alcalde. Teníamos tres casas, una tienda, un bailadero y dos mesas de billar. Pero él también se enamoró de otra mujer y la familia se empeñó en que se tenía que casar con la muchacha. Él nunca dejó de ayudarme y mandarme la comida. Pero yo nunca serví para convivir con otra mujer del hombre con el que yo compartía. En el Chocó es muy común esto y no se ve mal.

Me vine a Turbo a pasar trabajos con mis hijos. Me ayudó mi cuñado que vive con mi hermana. Yo barría las calles de Turbo y hacía aseo en el hospital.

Luego conseguí mi casita en el Barrio Buenos Aires y se me hundió.

Entré a Asomupaz; varias mujeres me insistieron para que entrara. Me decidí y vine. Aquí sigo. Fui una de las primeras que trabajé en los restaurantes, en mis años se llamaba cocina comunitaria. Cuando la organización extranjera nos apoyaba con el sistema de ahorro, me hicieron el préstamo para la casa, así la levanté con piso de material. Nuevamente se me hundió y mi sobrino me la volvió a levantar.

En la cocina comunitaria de Asomupaz donde trabajaba, no tenía sueldo, sino derecho a que todos los de mi casa almorzaran allá. Luego entró doña Clara a administrarla. Trabajé siete años en todos los comedores y logré formar a mis hijos, todos son bachilleres y uno es profesor. El papá de mis hijos ahora está solo.

HILDA CORTÉS LÓPEZ



Cuando llegué a Asomupaz hace 20 años pensaba que no me iban a aceptar por vieja, pero no fue así. Con la hermana Nolvía su formación, sus consejos, todo era bueno.

La casa donde me crié en el centro de Turbo, tenía muchos palos de mango, guanábana, coco y yerbas de remedio: celedonia, altamisa, yerbabuena, paico, menta, rosa amarilla. Era sembrado en el suelo, en tierra buena, no como la de hoy que se tiene que arreglar tanto. Hoy queda ahí Pastelpan.

La casa era grande, vivíamos con papá, mamá, nietos, tíos y abuelo. Tenía cinco piezas. Era en madera, sin adornos.

La cocina era grande y tenía un horno grande. Hacían pan, galletas, queque, un pan que se amasaba con miel de panela, se le echaba huevo criollo y levadura.

La cocina era abierta y cocinábamos con leña. Yo me montaba en el fogón a hacer café, nunca me quemé.

Las ollas eran de aluminio, se ponían negras por fuera con la cocinada en leña y por dentro eran brillantes. Era inútil brillarlas por fuera.

Mi abuela era pegona, nos amarraba a un listón que había en la sala y nos pegaba con rejo de vaca. Acompañaba cada golpe con...*"Yo les he dicho que..."* Y seguía con una cantaleta larga.

No se podía oír una mala palabra de uno. Yo nunca había ido al hospital, solo iba a los partos. Ahora último me llevaron a Apartadó por un dolor en la barriga. Me dijeron que era la vesícula, pero no me encontraron nada.

Los barrios de antes de Turbo, la gente los alzó con palos de mar. Comíamos el pescado, la carne, antes no había tanta carnicería. También el pan, que yo le robaba a mi abuela. Se conseguía pescado ahumado, salado, fresco y también cangrejo.

En los patios se tenía cerdos para diciembre. Los animales eran criados en casa.

Mi papá viajaba en su lancha "Luces", en la que traía de Cartagena, manteca, arroz, azúcar, todos los granos. Yo robaba para llevarle a una vecina.

Mi papá también tenía un teatro en Turbo: "El Teatro Royal", traía películas. Nosotros nos turnábamos en la semana entre los cuatro para ver las películas porque estábamos encargados de vender los tiquetes.

Teníamos mangos de clase y cuando se perdía algo venía el castigo. Una vez duramos seis meses sin salir porque una más rebelde que yo se robó uno de esos mangos.

En tiempo de elecciones sí traen banano.

Antes el jugo de fruta se hacía con molinillo porque no había licuadora ni luz. También tomábamos moresco¹⁶.

En la niñez y juventud no fui rica pero sí acomodada. La abuela no aceptaba que les pidiéramos plata a los tíos. Teníamos un tío muy abusivo. Llegó a preñar a una hermana mía y a una sobrina. El hijo de mi hermana se crió pero quedó ciego.

Yo era muy chismosa, llorona y ladrona. A los diecisiete conseguí marido. En ese entonces vivía en Maderas del Darién. Nos vinimos para Turbo pero íbamos los fines de semana y conseguí un novio soldado.

El marido de mi mamá era primo hermano de Ricardo Corral, mi segundo novio y el que fue mi marido por 50 años. Conocí al que fue mi marido en las idas y venidas de Turbo hacia Maderas del Darién, en ese entonces Maderas Surrabay. Él manejaba su lancha en el río León. Cuando yo viajaba en la lancha él me metía la mano y de tanta caricia caí. Ahí me preñó. Me casé con él cuando ya le tenía cinco hijos. Él tenía una mujer aquí y allá, conmigo fuimos siete mujeres. Me daba mucho puño, no aceptaba que me parara en la puerta de la casa. Luego de bañarme me hacía en la puerta a hacerme mi trenza. Él llegaba y me cogía de la trenza. No le gustaba encontrarme limpiecita sino sucia porque si no, decía que era para otro hombre. Y la verdad es que me pretendieron todo el tiempo otros hombres, pero yo no veía sino por los ojos de él, que me quería tanto los hijos; duramos cincuenta años así hasta murió en el 2000.

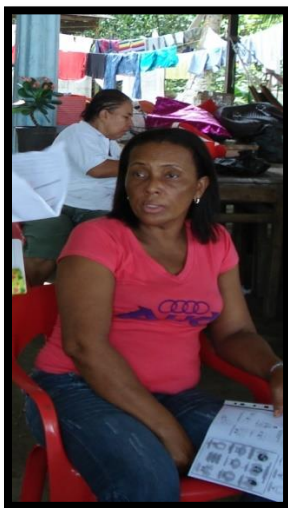
Ricardo Corral fue un marido responsable en lo económico, me dejó una pensión y de ella vivo, pero un hombre hace falta en la casa. Hace dos días se metieron unos ladrones y yo vivo solita con mi nieta Claudia, eso fue a la una de la mañana. Uno necesita la compañía de un hombre en momentos como este.

¹⁶ Sobrecitos de fruta no natural, endulzada.

Cuando llegué a Asomupaz hace 20 años pensaba que no me iban a aceptar por vieja, pero no fue así. Con la hermana Nolvía su formación, sus consejos, todo era bueno. Me gustó cuando aprendimos a hacer gas propano con el estiércol de marrano, de gallinas, con ese gas prendíamos un horno en el que asábamos las arepas. Aprendimos a hacer mermeladas, embutidos. Luego de que la hermana se fue nosotras seguimos muy unidas, nos llevamos bien con todas las compañeras, nunca he tenido un problema.

Uno en la Asociación cambia de ambiente porque tiene amigas, me llaman, me cuidan, vamos a paseos, bailamos, aprendemos cosas nuevas. De los últimos talleres lo único que no me gustó fue hacer collares y aretes porque eso exige mucho detalle. Ahora me gustaría tener talleres unos días a la semana para hacer ejercicios, danzas o para relajarnos.

CECILIA CÓRDOBA IBARGUEN



Hay personas que me admiran por todo lo que he trabajado y porque saqué mis hijos adelante. Soy una mujer valiente.

Cuando crecí en el Barrio Juan XXIII, la casa era de tabla. Tenía una pieza para cinco niñas, en la otra dormían mi papá y mi mamá. Las tablas eran paradas y tenían tragaluz. El techo era de zinc y se pintaba de colores.

Dentro teníamos los cuadros del Santo Ecce Homo; mi padre todavía le prende velas a este santo. También teníamos la Virgen del Carmen, adornada con flores naturales.

La cocina no tenía mesón; era una mesa con dos poncheras: una para enjabonar y la otra para jugar. El agua era escasa y muy mala.

A mi madrastra le gustaba sembrar plantas de jardín en el frente: el bonche o San Joaquín, la rosa amarilla; y en el patio teníamos mango, coco, carambolo. También teníamos yerba buena, paico y orégano. Se sembraba en materas y ollas viejas.

En la casa jugaban bingo los vecinos. Yo estudiaba de noche.

Mi papá una vez que la casa estaba llena de gente me pegó una zunga porque me fui para el centro con una amiga. Mi profesora fue la que le contó. A los dos días me fui con mi mamá y allá me quedé.

Sobre mis amores puedo decir que con el papá de mis hijos tuve momentos felices y tristes. Él era muy celoso. Viví diecinueve años con él. Fueron cinco años de felicidad y los otros de amargura. Lo mataron las autodefensas. Yo lloraba cuando tenía relaciones con

él. Cuando tenía dos meses de embarazo me iba a matar a la salida de una finca bananera, pero se deslizó en las chanclas. Me escondí en la primera casa que encontré en el campamento. Me decía y gritaba que él tenía el corazón negro. Me fui. Volví a juntarme con él cuando iba a tener el bebecito. Me fui desprendiendo de él, superé las crisis y le tuve seis hijos. Uno se me murió.

Yo era y soy muy verraca; recogía nailon y abonaba. Duré catorce años haciendo rifas.

He organizado mi casa. Hay personas que me admiran por todo lo que he trabajado y porque saqué mis hijos adelante. Soy una mujer valiente. Me traía de la finca medio bulto de bananos y compraba gordito. No me daba pena; con eso alimenté a mis hijos.

Con el dinero de reparación de víctimas que entrega el gobierno le ayudé a otra de mis hijas para el estudio de enfermería. La mayor por cuenta propia hace un curso en el SENA de recepcionista.

En el presente me siento muy bien como mujer. Tengo ahora un señor con el que me comprendo mucho en el trato, en el sexo. Paseamos en las playas de La Martina, en Turbo; vamos a Necoclí (otras playas) y también venimos de Apartadó a Turbo. Con él conocí el amor.

Ahora llevo siete años trabajando y administrando el Comedor Popular de la Asociación en Apartadó. Ya libré la casa porque el anterior marido que mataron me la dejó hipotecada.

Saqué mis hijos adelante. El hijo que vive conmigo en la casa tiene una microempresa de alquiler de sonido y silletería para eventos. También estudia. Ahora le pagué un curso de salud oral.

HERLINDA TRELLEZ



No me preocupa la vejez, pero sí me preocupa especialmente uno de los hijos enfermos

Nací en Quibdó-Chocó, el 28 de Noviembre de 1938. Vivo en el presente en Turbo, en el Barrio Obrero.

Viví hasta los ocho años en Bebará; pero cuando mi papá murió tuve que salir de ese río y me fui con mi mamá a Tagachí, en el río Atrato. Allí me conocí con Efrén Mena, el padrastro. Ahí paramos muchos años.

Mi casa era humilde. La suegra de mi mamá hacía remedios; era médica de yerbas, su nombre era María de la Cruz Mena. La casa era grande, de madera. Llegaba mucho personal porque ella era curandera. Sembraba matas en tierra firme y en azotea hecha en palo y con tierra de hormiga, para hacer sus medicinas.

Teníamos un cuartico aparte donde vivíamos. En otro cuarto había otra mujer de mi padrastro con su familia.

La cocina era grande, con fogón de leña; cocinaba mi mamá con la suegra. De ahí salieron los malos entendidos con la contraria (amante del padrastro, otra de sus mujeres). La suegra la quería más a ella, no le gustaba que nos tuviera a mí y a mi hermano que no éramos hijos de él.

Yo una vez me fui en la madrugada al río, al monte. Hacíamos el lonche (comida para llevar al cultivo en el monte). Entonces se metió la guerrilla al pueblo y sacaba a la gente. Uno se salía con mucho miedo. Nos vinimos para Domingodó y luego para Riosucio, veníamos con el padrastro. Dejó la contraria con su mamá.

Hacíamos cosechas de arroz, él las vendía en Cartagena y de allá traía cositas. Puso un granerito para sobrevivir. Pero lo envidiaron, le hicieron mal y se murió. Le daban ataques y el médico no vio la enfermedad.

Yo ya estaba con el papá de mis hijos, Juan Mena. Paramos juntos cuarenta años. Tuvimos doce hijos. Se murieron dos de dos años y uno en Apartadó que tenía cinco hijos. Yo busqué remedio para no tener tanta familia y me dijo que cuando una mujer buscaba remedio era para hacérsela al marido¹⁷.

Yo quedé con seis machos y cuatro hembras. Me mataron un hijo en Nicaragua, estaba viajando. Tuve tres con problemas mentales. Me les hicieron daño para que no salieran a estudiar, eran excelentes. Tengo también un hijo pastor, otro preso en Estados Unidos que también viajaba. A veces me llama. El yerno, esposo de mi hija que murió, vive en Estados Unidos y a veces lo visita.

Ahora me siento bien con mis hijos y cuñados. Solo me entristece que estén enfermos mis hijos, que estén desmentizados (sic).¹⁸

Cuando no tengo que comer, me rebusco. El Señor me ayuda.

Tengo una hija profesora licenciada que cuando le pagan me ayuda, otra hija me ayuda para complementar. A veces mis nietas de Estados Unidos me mandan plática. Las ayudas no son siempre muchas porque ellas también necesitan.

No me preocupa la vejez, pero sí me preocupa especialmente uno de los hijos enfermos. Los otros medio se defienden y andan por ahí a lo que les den y encuentren. A uno de los hijos un pastor del Barrio Obrero lo ha llevado a Medellín y a Montería y allí lo calman pero vuelve a enfermarse. Se sale de noche para la calle, pero me lo pueden matar; aquí en el barrio hay muchos peligros. Del hospital le mandan el medicamento, pero se desmentiza (sic)¹⁹.

¹⁷ Ser infiel.

¹⁸ Con problemas de salud mental

¹⁹ Ibíd.

LUZ MARINA RIVERO



En Asomupaz me distraigo mucho con mis compañeras. Rocío mi hermana me ayuda mucho a mí, a Angelina y a María Paula.

Mi nombre es Luz Marina Rivera. Nací en el año 1961, el 11 de diciembre. Vivo en Turbo, en el Barrio Jesús Mora. Mi madre se llamaba Libia Riveras Vélez. Mi padrastro se llamaba Luis Felipe Muñoz Rivero.

Fui criada por un padrastro, porque mi papá se dejó con mi mamá cuando yo tenía veinticinco días de nacida.

Fui creciendo al lado de mi mamá y a la edad de cinco años nos vinimos para Urabá. Vinimos con mis hermanas Rocío y con una caja de cartón donde traíamos nuestra ropa. Llegamos a Apartadó, nos bajamos del bus donde veníamos y nos quedamos sentadas en una acera. Mi mamá dijo: *¿qué voy a hacer?* pero gracias a Dios al frente de nosotras había tres señores que llamaron a mi mamá: *Señora, señora, venga*. Y nos dieron desayuno: avena, patacón y queso.

Fui creciendo. Mi mamá consiguió trabajo solamente para la comidita de ella y nosotras; dormíamos en el suelo con unas cobijitas. Mi mamá trabajaba y trabajaba. Un día yo dejé caer una olla a presión y la echaron del trabajo. Ahí se conoció con Felipe Muñoz Rivero, quien llegó a ser mi padrastro, se enamoraron y se fueron a vivir juntos.

A la edad de ocho o diez años me pusieron en la escuela. Cuando entré, los niños se burlaban de mí. Decían: "*Ahí viene la mancureta (sic)*"²⁰, *ahí viene la mancureta*" y como yo no podía pelear con ellos, entonces esperaba que salieran al recreo y les rompía los cuadernos, les partía los lápices, me comía los borradores y les agarraba un zapato, me iba mancureteando²¹ y lo tiraba a la letrina, lo hundía con un palito y le bajaba la tapa. Al niño que yo podía coger lo mordía y lo quería ahorcar. Era muy peleadora porque se burlaban mucho de mí. A una señora le robaba las arepas y el chocolate porque yo le pedía y ella no me daba.

Cuando iba para el colegio mi mamá me decía: "*Marina, Marina, coretica*"²², *coreta, venga, venga que no se puso los calzones, venga*". Y mi mamá me decía que ella pensaba morirse y dejarme. Yo le decía: "*yo no quiero calzones, no los quiero*". Hasta que por fin ella me alcanzaba y me los ponía.

Recuerdo mi juventud de los 20 a los 25 años. Me gustaba mucho maquillarme, también me gustaban mucho los aretes, las blusas strapless²³; bebía mucho aguardiente y ron con coca cola, la música me encantaba; me encanta todavía. Me gustaba mucho motilarme y depilarme. Era muy rabiosa y lo soy todavía. Había un señor que vendía frutas, yo le pedía y como no me daba se las robaba. Las uvas me gustaban mucho, el queso, la leche y el plátano. Soy muy resentida y no perdono tan fácil. Tuve un hombre que fue el amor de mi vida. Se llamaba José Ángel Úsuga, pero ya no está, él murió. Desde ahí nunca más me volví a enamorar.

A los 33 años estuve con un hombre y salí embarazada pero me abandonó. Nunca más tuve nada con él. Desesperada intenté abortar cuatro veces, pero el bebé nació, una niña que se llama Liyoana Díaz Rivera. Tuvimos momentos muy felices pero a los catorce años se me salió de las manos. Creo que en mucha parte yo tuve la culpa de que ella haya salido tan desagradecida. No quiero seguir hablando más de mi hija porque eso me pone muy triste, porque yo hubiera querido que mi hija no fuera como es. Como madre mi corazón hubiera querido que ella se hubiese portado bien; yo lloraba mucho pero ya no; ella es mayor de edad y ya, yo no puedo hacer nada por ella porque ahora creo que me aborrece.

Si digo que he sido feliz con ella miento; pero yo sé que la vida tiene que seguir y ya no puedo hacer nada, desafortunadamente la vida es así; a veces creo que estoy pagando los errores que cometí, ahora siento la falta que me hace mi madre y el dicho es muy cierto que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

Cuando se murieron mis padres, se me fueron los pies y las manos, porque desde entonces me siento muy sola. A veces en medio de la gente me siento perdida; el defecto

²⁰ Término del argot popular de la región para referirse a la persona que no camina normalmente.

²¹ Forma verbal del término anterior.

²² Parece apócope y forma diminutiva del término "mancureta", que usa en líneas anteriores

²³ Prenda sin tirantes, que deja los hombros al descubierto y se ajusta por debajo de las axilas por elasticidad.

físico que tengo no me ha dejado ser feliz, vaya si he sufrido en carne propia la tristeza de sentirme menos que las demás mujeres.

La vida de Luz Marina de los treinta a los cincuenta y cuatro años, no ha sido nada fácil y lo puedo decir porque no he sido feliz, porque ahora me siento inservible, inútil; me siento una mantenida. Lo puedo decir a boca llena porque así me siento, prácticamente me siento una carga, un estorbo. Lo digo porque así me hacen sentir. Gracias a Dios, Él me ha ayudado y me da las fuerzas para seguir adelante. No es que yo quiera ponerme triste pero la verdad es que lo estoy. Hace tres años tengo una amiga que la quiero como una madre, gracias a Dios. Si por lo menos contara con mi hija, pero ni siquiera eso.

Entre los años 1996 y 1997 viví la vida de desplazamiento. Cuando recuerdo esto me da escalofrío en el alma porque la verdad no fue nada fácil. Yo tenía la costumbre de dejar la ropa en remojo de un día para otro; de ese tiempo a esta parte no lo he hecho más porque me tocó venirme de la vereda Bajo Cirilo para Turbo con dos baldados de ropa enjabonada en agua de fab²⁴ y veinticinco pollos pequeños en una caja de cartón.

En verdad que era desesperante sentirse uno en medio de esa violencia tan grande. Saber que entraban tres y salía uno; eso me dejó marcada para siempre. Angelina, María Paula y Carol, me han permitido tener momentos felices porque ellas son mis nietas: María Paula tiene ocho años, Angelina tiene cuatro y Carol tiene seis. Carol no se crió conmigo porque mi hija la regaló; pero gracias a Dios y a mí, sé dónde están el papá y la mamá que la criaron; ellos le dicen que yo soy su abuela y que Rocío es su tía y Elena también; Elena es mi sobrina hija de Rocío.

Ahora, después de ocho, diez años que me reúno en ASOMUPAZ, me distraigo mucho con mis compañeras. Rocío mi hermana me ayuda mucho a mí, a Angelina y a María Paula. También le agradezco a HEKS, a este grupo de personas maravillosas que nos han ayudado tanto. Yo sé que la vida tiene que seguir, pero la verdad que no es fácil, en estos momentos tengo una tristeza muy grande. Yo sé que Dios no me dejará nunca, Él será mi ayuda, Él no me dejará nunca, Él será mi fortaleza. Yo tengo la esperanza en Dios de que algún día mi hija cambie y que sea feliz.

²⁴ Marca de jabón en polvo.

ROCÍO BEDOYA RIVERA



Sé ayudar a una mujer que ha perdido un hijo o una hija, por lo que yo he vivido. Como madre, yo digo que soy la madre del dolor, la que corrige. Como mujer y representante de Asomupaz, me entrego a las necesidades de las otras mujeres y las hago más hasta que veo que la mujer puede andar o tiene un lugar mejor para vivir.

Me gusta la playa. No sé por qué teniendo un lugar tan bonito en Turbo no vengo más seguido a la playa a sentir estos atardeceres que se llevan las tristezas y me levantan el ánimo. Esta es una de las bocas del Atrato, el Brazo León, que desemboca en el mar Atlántico, entonces no estamos en una playa de mar. Yo no soy una mujer de río ni de mar, pero la tranquilidad que siento aquí no la cambio por nada, por eso también me gusta viajar mucho, sobre todo al mar.

Mi vida es mi familia y Asomupaz.

Vivía en Medellín y a los cinco años mi mamá se vino a Apartadó con sus dos niñas, Marina y yo. Se vino aburrida de su familia al casino de una finca bananera. Trabajó mucho. Antes le daban la comida de nosotras dos. Ella me dio a una señora y yo le tenía que trabajar, hacer sus oficios.

Luego mi mamá se conoció con un señor y empezó a vivir estable. Nos volvieron a recoger. Yo trabajaba mucho en casa y no me dieron estudio. Mi mamá era diabética y no quería que me separara de mi hermana Marina por sus problemas de discapacidad. En la infancia la ropita que nos ponían era regalada. Yo trabajé en casas de familia en el campo.

Al cabo del tiempo me enamoré; tenía veinte años. Fue un tiempo de descanso. Tuve mis dos hijos con ese señor pero luego él se vinculó a grupos armados en Urabá, le ofrecieron cosas bonitas, dinero, trabajo en las bananeras y se fue, cuando vi que tenía ese camino, lo dejé.

En los primeros meses, yo sola con mis hijos, vendía pescado, plátano, queso. Quise ser independiente, pero me tocó volver a casa de mi madre, mi padrastro y con Marina mi hermana. Ellos me ayudaron con mis hijos. Conseguí un buen trabajo en una tienda escolar del Colegio Adventista y por cosas de la vida, por amigas que tenían una historia común y también por la labor de las Hermanas Lauritas, yo llegué al grupo de mujeres que creó Asomupaz.

Mi crecimiento personal y humano se lo debo a la Asociación y a Dios. Los primeros talleres nos dieron a nosotras bases sobre lo que significa la vida de las mujeres que es muy distinta a la de los hombres, nos formaron con un convencimiento de ayudar al necesitado más que a uno mismo. Yo recuerdo que nosotras con los recursos afectivos y el apoyo de las hermanas hicimos unas mochilas para dar apoyo psicosocial a familias afectadas por el conflicto. Eran unos juegos didácticos dentro de una mochila que llamamos Mochila de los Sueños, aunque nosotras éramos pequeñas aún, como hijas de las hermanitas.

Entonces la hermana Nolvía hizo gestiones para que desde el año 2000 tuviéramos un fondo rotatorio en el que recibíamos capacitación y podíamos producir cerdos y gallinas. Eso fue una gran ayuda para que las mujeres empezáramos a tener autonomía económica y también para apoyar a otras. Aunque no nos fue bien con la producción, de ese primer proyecto de Fondo aprendimos muchas cosas como saber comprar productos y animales de buena calidad, tener normas claras para los préstamos y el relacionamiento entre los grupos que garantizaran el pago de las deudas. A nosotras nos apoyaron primero Suwissaid con la creación y luego en 2003 PCS-HEKS, con los ajustes al fondo rotatorio que diversificó las iniciativas para apoyo en el mejoramiento de vivienda, corte y confección y ventas ambulantes.

Yo pienso que los primeros diez años de Asomupaz fueron de mucho aprendizaje para consolidarnos en los años siguientes. Primero con la ayuda de las hermanas, después, cuando nos separamos de ellas en el 2008, aunque teníamos un poco de temor las amigas de HEKS nos siguieron ayudando. Continuamos con los proyectos de comedores populares, la fábrica de arepas, las conservas de frutas y otras iniciativas productivas que hoy son el sustento de la Asociación.

Para mí que he sufrido tanto como mujer es muy importante apoyar a las mujeres. Yo toda la vida he trabajado mucho. Conseguí solar propio, construí una parcela porque fui una de las invasoras en el sector de Camerún, eduqué a mis hijos en el Colegio Adventista de Turbo y cuando terminaron, los mandé a Medellín a estudiar una carrera. Mi casa la vendí para que ellos se hicieran profesionales. El mayor tenía todo por delante, pero una desgracia familiar lo devolvió aquí y ya no quiso regresar a Medellín. Entró a un grupo al margen de la ley, en eso estuvo tres años hasta que se reinsertó y al poco tiempo se fue a vivir a La Guajira y allí lo mataron.

Tengo un carácter muy fuerte, pero creo que sé dar amor. Sé ayudar a una mujer que ha perdido un hijo o una hija, por lo que yo he vivido. Como madre, yo digo que soy la madre del dolor, la que corrige, la que llama la atención, la que pega. Como mujer y representante de Asomupaz, me entrego a las necesidades de las otras mujeres y las hago mías hasta que veo que la mujer puede andar o tiene un lugar mejor para vivir. También me estreso cuando las mujeres no van a las reuniones de la Asociación.

Por ejemplo, a mi me enorgullece decir que las casas de Erlinda y Adelisa han sido construidas con el apoyo de Asomupaz. Nosotras aquí no solo prestamos el dinero poco a poco sino que las ayudamos a decidir cómo mejorar las columnas, el piso, qué maestro de obra es el mejor, porque

los hombres se aprovechan cuando ven a una mujer sola con unos hijos enfermos o una como Adelisa que ya no tiene vista. A ella no le gusta depender de nadie y cómo ha mejorado su vida es un ejemplo de lo que ha hecho la Asociación. Cuando invadió el terreno buscando vivienda, nosotras reunimos plata entre todas y logramos construir una casa en madera y tejas de zinc, después logramos el apoyo de un pasante, Juan Sebastián, que se comprometió con su familia a seguir apoyando a Adelisa.

Estos cambios en las vidas de las mujeres son mi alegría, mi motivo de vivir. La hermana Nolvía, en las Lauritas, me exigió mucho, porque confiaba mucho en mí. Yo tenía muchos miedos cuando empecé en la Asociación pero aparecieron dos mujeres que me ayudaron más: Mireya y Sandra, de HEKS Colombia. Ellas me dieron la oportunidad de ocuparme en algo y no pensar tanto en mis problemas y así he aprendido a ser más segura. Mireya recuerda que a mí me daba mucho miedo viajar en aviones o subirme en un ascensor, eso ahora me hace reír porque me gustan los viajes pero muestra que he dejado muchos miedos.

Las historias siempre me ponen triste y más las historias de las mujeres solas. Cuando ya hice mi vida de cabeza de hogar tenía la obligación de mi mamá, mi padrastro, mi hermana, una hija de ella y mis dos hijos. Éramos siete.

La muerte de mi padrastro fue violenta, lo mató una moto aquí en Turbo, era el abuelo de mis hijos y eso influyó mucho en el cambio de mi hijo mayor. Al poco tiempo, cuando lo mataron tenía veintitrés años. Vivió tres años con una señora en Riohacha y él estaba cuidando una niña de ella que yo asumo como mi nieta. Cuando murió mi hijo, quince días antes había nacido María Paula la hija de mi sobrina, hija de Marina. Esa niña fue mi tabla de salvación, me aferré a ella y me acerqué mucho más a Asomupaz. Ya mi familia era pequeña porque mi sobrina se fue a vivir a zonas rurales del Chocó y me dejó a sus dos hijas. Hasta hace unos meses estaba sola con las dos niñas y con Marina, pero gracias a Dios mi hija Clara Helena regresó de Medellín donde terminó su carrera y ahora administra su propio negocio aquí.

Por tanto que uno vive uno puede comprender mejor a los demás. Dolly tiene problemas de salud y siempre me llama de primeras, ella no llama a las hermanas sino a mí, porque yo le digo una palabra, hacemos oración y también si toca, le jalo las orejas para que no crea que tiene todas las enfermedades que aparecen por ahí. Claudia era una niña muy brava cuando entró a Asomupaz, tenía muchas razones, pero entonces yo la animo, la reprendo y la motivo a hacer otras cosas. Ella ahora es más alegre, le falta progresar mucho, menos mal que es muy joven y puede aprender de la vida.

Por Asomupaz, he podido viajar mucho. No pienso en esposo sino en ayudar a otras mujeres. En estos momentos, ya de edad, vivo mi juventud, hago lo que quiero, me compro lo que quiero, hablo en público. Uno lleva por dentro miedos y dolores pero también la fuerza para soltar y ser feliz con instantes como éste, frente a un río que parece el mar.

MARÍA ADELISA PACHECO



Nací en Riosucio-Chocó. Siempre estuve entre Napipí-corregimiento de Bojayá y Riosucio. En el presente vivo en Turbo, en el Barrio La Lucila.

Mi casa era de paja y hojas. Tenía piso y paredes de madera. Yo veía hasta los veinticinco años pero con baja visión, luego la perdí totalmente. En Salaquí-Chocó, viví en casa de cantonera y techo de zinc. No había cuarto con puerta. En ese tiempo nadie le hacía mal a nadie.

Yo no me sentía bien con esas casas. Yo deseaba una casa mejor.

El pueblo quedaba a orillas del río, había árboles, se criaban animales. Saltábamos todo el día en el río.

De padre y madre fuimos trece hijos y están vivos nueve; y de medios hermanos, fueron doce y uno que falleció. Me tocaba hacer los oficios, cocinar, arreglar el pescado²⁵, sembrar arroz en el monte, traía madera con mi hermano y mi papá. Aprendí que se hundía la canoa en el agua y luego se echaban las tucas. Luego achicábamos la canoa.

Una vez nos perdimos ¡y me pegaron una muenda!²⁶ Me gustaba mucho andar. Nos pegaban durísimo con rejo de vaca.

Permanentemente se nos inundaba la casa y por eso le hacíamos sobre piso. Vivíamos todo el día en el agua.

Yo deseaba estudiar para tener una casa elegante, pero nunca me llevaron al colegio, ¡que decepción! Mis hermanas contemporáneas si estudiaban. En el 8o, entré a un año de colegio.

Por mi problema de vista me decían sonsa, inservible. Entonces me azaré mucho (me asusté). Nunca me llevaron al médico.

²⁵ Quitar con un cuchillo las escamas y las vísceras al pescado.

²⁶ Castigo físico usualmente con fuate. Paliza.

Mi mamá hacía lo que mi papá decía. Ahí entendí que yo no estaba para que me gobernarán.

Yo me fui de la casa, tomé marido, esa era la única opción. Después vino lo más duro. Tomé marido pensando que iba a llegar lo que quería. Él era comprometido. Pero yo sabía de besitos y abrazos aunque la mujer se la pasaba tirándome insultos.

Regresé a mi casa y mi papá me recibió con dos piedras en la mano. Él no me daba nada. Vivía con tres mujeres en la misma casa, cocinaban en la misma olla, éramos veinticinco hermanos. No peleábamos ni nos manteníamos en guerra.

Mi papá me decía que no me había dado un tiro porque un cartucho costaba muy caro, doce pesos. Yo tomé la decisión de no pedirle ninguna ayuda.

Apareció el que fue el papá de mi hija. Yo vivía pensando en el otro, mi marido. Yo quise estudiar pero no se logró. Nos fuimos a vivir a Riosucio y luego a Montaña. Allí quedé en embarazo. Él me cogió fastidio y me dejó.

Sufrí mucho pero prefería no regresar a casa. Me fui a donde mi hermana. Me conseguí con otro señor, con él pasé siete años y medio más o menos, aunque trató muy bien a la niña. Estando en Salaquí-Chocó, comencé a sentirme mal, enferma. De allí me tocó desplazarme, no era capaz de caminar sola y me fui a Quibdó. Allí mi hija se estableció como pareja con un policía. Después de un tiempo él murió en un combate con la guerrilla. A mí me tocó correr con mis nietecitos y mi hija; yo estaba enferma, pero así la acompañaba.

Decidí separarme de mi hija hace doce años. Hace dos años el menorcito de ella murió ahogado en una piscina. En mi separación me hice una promesa: no llorar por nada.

Tengo dos hermanos en Turbo y otros dos en Apartadó. La de Apartadó me visita.

Soy ciega y así me defiendo. Vivo sola aunque ahora tengo un amorcito que me visita de vez en cuando. Últimamente mi hija me llama y me gira setenta mil pesitos pero mi gran apoyo es Asomupaz. Un día vino la señora Rocío con Juan Sebastián, un joven que había llegado a Turbo a hacer una pasantía en la asociación. Me contaron que él era muy flojo en su casa en Bogotá y la familia se puso muy contenta cuando él se vino a ver otras cosas en otra gente. Aquí lo pusieron a trabajar mucho y un día vino a conocerme porque la Asociación me estaba ayudando. Aquí trabajó con nosotras y me dio 50 mil pesos.

Después él se fue para Bogotá y le contó a su familia mi vida, lo que vio de mí. Como su abuelito le dejó una pequeña herencia y la familia estaba tan contenta por el cambio de Juan Sebastián, dieron un aporte de dos millones quinientos mil pesos a la Asociación y con esa plata, compramos utensilios para el baño, tanques, todo era de segunda mano, pintamos la madera con la ayuda de las otras mujeres y terminamos tarde el trabajo. Al otro día, vino muy temprano la señora Rocío a ayudarme a recoger y limpiar la casa, yo le dije: *Hoy no quiero trabajar. Es la primera vez que duermo en una casa propia y bonita. Gracias pero hoy no limpio nada.*

Asomupaz me sigue apoyando porque la casa ya no es de madera. La familia de Juan Sebastián nos quiere mucho. Me da un aporte mensual y el resto me lo levanto honradamente. Con el fondo de la Asociación pude construir la casa que ahora es de concreto. Poco a poco se van haciendo mejoras porque no tiene aún conectada la luz, el agua y no tiene piso. Yo quiero que Juan Sebastián y su familia vengan a ver mi casita muy pronto.

Yo termino mi bachillerato en 2016 y mi sueño es seguir estudiando una carrera y tener un negocio propio de producción de jabones y limpiadores para la casa. Vamos a ver cómo le hago.

MARTHA BEATRIZ PEÑA



Mis hijas ahora son adultas, son estudiadas ya saben que las relación de pareja debe ser igual, de respeto, nada que el hombre someta o que la mujer someta al hombre como para desquitarse, no eso no.

Nací en Medellín, Colombia, el 30 de septiembre de 1953. Ahora vivo en Turbo, Antioquia, barrio Jesús Mora.

Mi infancia fue muy feliz. Recuerdo que a los cinco años mi mamá me peinaba haciéndome crespos y me vestía con unos delantalcitos blancos bordados con unos pollitos. Era muy aseada, me mantenía muy limpia. A los diez años hice mi primera comunión, fue uno de los días más felices de mi niñez.

Fui buena estudiante, siempre me esforzaba por ser la mejor aunque estuve en varios colegios porque mi mamá cambiaba de ciudad, terminé mi quinto de Primaria en el año 69 aquí en Turbo. Juventud no la tuve porque a los dieciséis años me casé y ahí empezó el calvario. Di con un hombre mayor que yo, con veinte años de diferencia; o sea que yo tenía dieciséis años y él treinta y seis. Debido a la diferencia de edades se presentaron las dificultades porque era un hombre machista, egoísta, que pensaba que yo era su hija.

Mi vida fue muy dura durante los cuarenta y cinco años que duró mi matrimonio (él murió el 1 de mayo de 2015) porque él me llevaba veinte años y fue un hombre a la antigua; que pensaba que la mujer era esclava. Yo no salía a ninguna parte, estuve encerrada mucho tiempo. La vida de mujer es más dura que la del hombre.

La verdad es que fueron unos años difíciles pero al llegar en el año 2000 al grupo de Asomupaz con los talleres recibidos con diferentes especialistas y a los diferentes encuentros e intercambios que asistí, me hicieron ver que yo tenía un valor como mujer y madre. El primer taller que recuerdo con emoción fue en Santa Fé de Antioquia, fuimos a celebrar la liberación de la mujer,

allá pasaron un video de una mujer muy maltratada por su esposo y yo me vi en ese video, yo rompí en llanto. Ese día para mi fue y es muy especial porque entendí cuál era mi situación, que uno no podía estar pegada a lo que el hombre quisiera. Para mi marido las mujeres no éramos nada.

Él no estaba de acuerdo con que las hijas estudiaran. Hoy ninguna mujer se le agacha al hombre porque estudian, aunque se el bachillerato lo terminan, aprenden a dialogar y ponerse de acuerdo sobre cómo llevar la familia, la vida de cada uno. Con mi marido no había razones diferentes al modo de pensar de él, si era negro era negro, no había más color.

Con él tuve siete hijos: cinco mujeres y dos hombres. Me siento muy orgullosa de todos mis hijos y siempre desee que fueran profesionales; especialmente las mujeres, para que no llevaran la vida que yo llevé y que el maltrato que me dio mi marido no las marcara y se esforzaran en llevar una vida mejor. Tres de ellas son profesionales: una es abogada, otra es profesora licenciada en Ciencias Sociales y la otra es abogada y licenciada en Ciencias Naturales, sacó dos carreras profesionales.

Ahora como todo tiene su principio y su fin, ya para mí esa etapa terminó.

Nosotras en el diálogo entre mujeres en la Asociación aprendemos de las otras, nos apoyamos. Mis hijas ahora son adultas, son estudiadas ya saben que las relación de pareja debe ser igual, de respeto, nada que el hombre someta o que la mujer someta al hombre como para desquitarse, no eso no. Pero uno aprende que el respeto es importante mucho tiempo después, como me sucedió a mí en Asomupaz, me ayudaron a entender que tengo valor, que vale la pena estar en este mundo.

Aquí en la Asociación aprendí a escribir una carta en un computador, yo luego venía a pasar las cartas. Debo practicar más porque a uno se le olvidan las cosas. Yo tengo los cuadernos de todos los talleres que hemos recibido, para mí son un tesoro, yo los vuelvo a leer para que no se me olvide la formación, de cómo relacionarnos las unas con las otras, cómo superarnos.

Ahora disfruto de una vida más tranquila con mis hijos, los 16 nietos y una bisnieta, disfruto la libertad de asistir a estos talleres que nos dejan enseñanzas para aplicarlas en nuestras vidas, tanto en lo espiritual como en lo personal. Esta es mi etapa de mujer adulta, yo soy muy feliz, no cambio por nada.

MIGUELINA MARTÍNEZ CHAVERRA



Me convertí en la señora en esta vida nueva que empecé a llevar; empecé a ser feliz con mi esposo, nos comprendimos a diario como toda una familia.

Las personas que han dejado huella en mi vida: Mi familia, mis padres. La forma de mi crianza que fue excelente. Mis hermanos son apegados, unidos en todas las situaciones.

Mis abuelos fueron Nicanor Chaverra y Cixto Cuesta. La abuela Gabriela A., Jesús M.

Mi madre: Aurelia Chaverra, mi padre Delfino Martínez. Mis hermanos: Manuel, Agustina, Lisandro M., Manuel Antonio, Ermencia, Lastenia, Luz del Carmen, Santo Moreno.

Nací el día 22 de marzo de 1943 en el corregimiento San Antonio de Padua, en Urrao, Antioquia.

Mi niñez fue muy humilde y feliz a la vez; mis padres me dejaban jugar con mis amiguitas. Fui una niña muy obediente y comencé a estudiar.

Tíos y Tías muy importantes: Rosa María M., Gabriel Chaverra, Pedro A. C., Pedro Juan, Juana. Primos y primas: Juan Roso, Epifanio, Domingo, Deyanira. Con ellos, tíos y sobrinos, viví momentos agradables en el campo y actualmente cada cierto tiempo.

Mis hijos e hijas: Eulises, Nelly, Arly, Enicer, Enrique, William E., Viany, Yéssica.

Con mi familia aprendí a vivir situaciones alegres y tristezas, siempre es así. Pudimos salir adelante con la ayuda de Dios.

Mi juventud y adolescencia fueron muy buenas y me divertía sanamente; salía a pasear al parque con mis amigas y regresaba temprano a mi casa, a la hora que me decían mis padres. Me decían que era una muchacha tierna, amorosa, servidora, amable y asistía a la iglesia católica. Mis padres siempre me inculcaban principios católicos y asistíamos a las misas, en especial los domingos iba toda la familia.

La vida en ese tiempo fue muy divertida porque las fiestas eran más sanas y no se formaban esas peleas como las de hoy en día.

En mis estudios siempre era la más aplicada; estudié hasta la primaria porque en el pueblo no había medios para hacer el bachillerato. A raíz de esto me fui al campo a trabajar y en los ratos libres colaboraba en los quehaceres de la casa. Además salía con mis hermanos y algunas amigas a bailar o nos poníamos a contar cuentos o cantábamos y realizábamos algunas integraciones con mis amistades y familiares.

En esos tiempos era todo sano y a la edad de veinte años me casé con un joven que se llama Miguel Moreno y que en la actualidad sigue siendo mi esposo gracias a Dios. Fue una boda muy hermosa, alegre, todos unidos.

Pude formar la familia que hoy en día tengo con los valores y principios que aprendí de mis padres y demás familiares. Dios me los bendiga en el cielo, amén.

Algunos vecinos que he conocido me han dejado huella por su nobleza y espíritu de colaboración. Prestos a ayudar en algunos momentos de ciertas situaciones que se presentaron en mi vida.

Me convertí en la señora en esta vida nueva que empecé a llevar; empecé a ser feliz con mi esposo, nos comprendimos a diario como toda una familia.

Nos encantaba pasear, hablar y trabajábamos juntos en el campo; los alimentos que consumíamos eran propios del campo. Organizamos la casa y cuando me enteré que estaba en embarazo de mi primer hijo, dejé de trabajar en el campo y me quedé en mi casa dedicada a mi hogar y a atender a mi esposo cuando llegaba del trabajo. Lo atendía con amor y así fue creciendo mi familia hasta hoy. Decidimos tener los ocho hijos que Dios nos permitió tener y que actualmente están todos vivos, gracias a Dios.

Hoy en día estoy haciendo parte de esta asociación Asomupaz. Somos una familia feliz trabajando para un buen progreso; que sea bendecida y prosperada para esta sociedad. Dios siga bendiciendo mi familia y a este proyecto; que sigamos unidas para salir adelante.

Junto con mi esposo Miguel, sacamos adelante a nuestros hijos que hoy en día son profesionales con la ayuda de ellos mismos. Son unos hijos excelentes y gracias a Dios se casaron con buenas esposas y esposos y han formado sus hogares; tienen estabilidad económica.

Hasta ahora que estoy empezando la ancianidad, es una gran bendición contar con la ayuda de mis hijos y Dios. No nos falta nada, vivimos rodeados de nietos e hijos que nos quieren y nos valoran.

BLANCA NUBIA SUÁREZ M



Actualmente me siento muy feliz con mis hijos

Nací en el año 1956, el 28 de junio en Amalfi, Antioquia. Vivo en Turbo en el Barrio Julia Orozco.

Mi madre se llamaba Ana Josefa Metriz y mi padre Octavio de Jesús Suárez; él fue asesinado en la época de la violencia. Desafortunadamente no tuve la oportunidad de conocerlo porque su muerte ocurrió dos meses antes de mi nacimiento. Mi madre quedó viuda con seis hijos. Después del fallecimiento de mi padre se vino para Medellín con todos mis hermanos, para la casa de una hermana de ella. Allí nos quedamos por un tiempo. Después se vino para Necoclí a trabajar con una amiga en un restaurante y nos dejó con mi abuela y mi tía.

En Necoclí mi mamá se conoció con un señor llamado Ruperto y al tiempo decidieron casarse. De ese segundo matrimonio hubo un hijo; mi padrastro nos trajo de Medellín a vivir a Turbo y aquí nos criamos. Aquí estudié mi primaria y cuando tenía dieciocho años conocí a Ernesto, el padre de cinco hijos que tuve. Luego me matriculé en el Centro de Capacitaciones Madre Laura y aprendí la modistería; desde allí se formó un grupo de mujeres que lleva el nombre de Mujeres Portadoras de Paz. Hacemos reuniones todos los miércoles y compartimos con todas las compañeras. Organizamos capacitaciones e integraciones, como paseos.

En mi juventud me gustaba ir con mis amigas a bailar a discotecas, iba a los carnavales de noviembre, a ver las carrozas... Me divertía mucho en mi medio ambiente y la pasábamos bien.

Actualmente me siento muy feliz con mis hijos. Cuando llega el día de las madres nos reunimos todos en casa, compartimos un almuerzo y pasamos un día maravilloso todos en familia.

MERCIS DURAN C



Las personas que han dejado huella en mi vida fueron mis padres, que me dieron buenos ejemplos, educación, formación.

Mis padres me enseñaron a tratar a las personas, a tener buenas relaciones con nuestros hijos, con los hermanos y con las demás personas.

A la edad de quince años me fui a vivir con un muchacho. Me daba mala vida, me pegaba, me maltrataba. Tuve que dejarlo después de tener mis tres primeros hijos y me quedé dos años sola. Me encontré con el que estoy y tenemos cuarenta años de estar juntos. No es que me trate tan bien. Tuve cuatro hijos con él y ni a sus hijos los trata bien. Estoy resignada a mi mala suerte porque ya me cogió la vejez y qué puedo hacer.

Trabajé en los comedores desde que empezaron; me quemé hace cuatro años con ácido, lavando los baños del comedor. En los días de incapacidad me daban ciento cincuenta mil pesos por tres meses. Me dejaron de dar porque según decían lo que yo tenía eran cicatrices. Hoy en día tengo que ir donde el especialista para que me haga infiltraciones y cada copago me vale veinte mil pesos, fuera del tratamiento que me están haciendo.

BÁRBARA BEJARANO



Yo nací en Puerto Arquía, un corregimiento de Urrao, Antioquia.

Las personas que dejaron huellas en mi vida fueron mis padres porque fueron personas muy especiales y ellos estaban para que no me faltara nada; me inculcaron buenos valores para que cuando yo fuera grande supiera comportarme ante la sociedad.

En la etapa de la juventud tuve una tía que también dejó huella en mi vida porque estuve un tiempo viviendo con ella cuando estudiaba. Ella era una persona muy especial y me daba buenos consejos. Me tocaba trabajar y estudiar; en mis ratos libres me gustaba bailar; andaba mucho con mis amigas mayores porque ellas me llevaban a las fiestas a mí y a mis hermanas.

Un día los guerrilleros empezaron a visitar el pueblo. Algunos no estaban a gusto con ellos, pero no podíamos decir nada; yo pensé que sería mejor buscar para dónde coger. Mi hermana mayor y la que le seguía se habían venido para Urabá y yo le dije a mis padres que también quería salir para ver si me iba mejor; ellos me lo concedieron.

Entonces me vine para Urabá en 1975 y llegué donde mi hermana. Ella estaba casada y tenía un niño. Empecé a buscar trabajo y lo conseguí en una cafetería y panadería que se llamaba La Popular. Después me salí, descansé unos meses y de allí conseguí trabajo en el Hospital San José de Turbo; allí inicié el 7 de agosto de 1978. A los dos años de estar trabajando tuve mi primer hijo; me encontraba muy contenta porque gracias a Dios ya estaba trabajando, haciendo una nueva vida y colaborándole a mis papás y a mis hermanos. Pasé mi juventud y parte de la vejez trabajando allí. Duré treinta y tres años y cuando cumplí los cincuenta y cinco años de edad hice la gestión de mi pensión, por lo cual me retiré el 1 de septiembre del 2012. Dedico mis ratos libres a compartir con las compañeras de ASOMUPAZ y salgo a pasear para distraer la mente. También me gustan los ejercicios para tener una buena salud.

En mi vida también ha dejado huella mi hermano porque hace veinte años se fue para Panamá y nunca más supe de él. Me preocupo porque no sé si está vivo o muerto y yo quisiera que un día no muy lejano nos viéramos.

DARILUZ MOSQUERA



Asomupaz me ha ayudado a mejorar mi calidad de vida, yo era muy tímida y las capacitaciones me han despertado, me han afirmado como mujer.

Nací el 24 de septiembre de 1992. Soy hija de Germán Córdoba y Luz Dary Mosquera. Soy la mayor de tres hermanas. Desde que tengo uso de razón vivo con mi madre. En Riosucio mataron a mi papá. No sé si fueron los paramilitares o la guerrilla. Vivíamos en Truandó- Riosucio y mi papá salió a comprar comida, pero eso no estaba permitido porque se decía que el que salía era que le iba a dar a ellos. Estábamos confinados. A mi padre no lo recuerdo.

Después que lo asesinaron a mi madre le tocó desplazarse al municipio de Turbo en el año 1997. Vinimos en una balsa. Ya al poquito tiempo, daban mercados de ayuda para los desplazados y había que ir a buscarlos al coliseo. Al principio nos daban mercado, frijoles, lentejas y arroz. Luego se volvió muy mala la ayuda humanitaria, es que aquí en Turbo dañan los programas.

A ella le tocó duro, trabajando en casas de familia donde le pagaban muy poquito. Residimos en el municipio de Turbo desde que yo tenía cuatro años. Llegamos al barrio Obrero donde mis tíos y luego una amiga de mi abuela nos prestó un lote. Después, por ser desplazados, nos entregaron una ayuda y mamá compró un solarcito en el fango.

En casa del tío nos quedábamos con mi abuela Crecencia, la mamá de mi mamá. Ella fue una parte fundamental en mi vida; nos cuidaba mientras mi mamá trabajaba. Donde mi tío no nos sentíamos a gusto, nos tocaba dormir en el piso en colchonetas. Mi mamá se buscó una piecita ubicada en el barrio obrero. Fuimos muy acogidos por los vecinos, nos tenían mucha lástima porque éramos desplazados. Allí residían muchos conocidos o paisanos de mi abuela; teníamos

unas vecinas que eran evangélicas, mi madre también lo era y con ellas íbamos los domingos a la iglesia. En la Iglesia nos hacían cultos para los niños, después para adolescentes.

Empecé mi preescolar en la misma iglesia, quedaba un poco lejos pero me iba con dos compañeras vecinas que estudiaban conmigo; ellas me molestaban porque tenía el pelo muy prieto y mi mamá me peinaba con tiras de trapo. En el barrio también me molestaban y les gustaba jugar conmigo por decirme la diabla; me daba tristeza y a veces peleaba o lloraba por eso. A mi mamá le tocaba salir a trabajar temprano y llegaba por la tarde; a mí me gustaba andar en la calle y casi no le hacía caso a mi abuela porque ella era muy regañona y me metía miedos; cuando yo veía que era la hora de llegada de mi mamá, regresaba para estar puntual en la casa.

Mi tío nos ayudó con la madera para construir la casa. Yo me iba para la calle, donde doña Delfa, la que vendía fritos y pasteles; ella me pagaba para que le lavara los platos y también le ayudaba a hacer morcilla, chorizos, picar verduras y otras cosas más. Eso lo hacía porque mi mamá no tenía la forma de darnos alimentos o dinero para el recreo en la escuela. Mi abuela me mandaba a vender chorizos con patacones; se vendían a doscientos pesos y hojaldras a cien pesos. Con ese rebusque, a nosotros nos mandaban a comprar gorditos de res, porque era lo que más barato se conseguía; no había nada de dinero. Comprábamos el diario por onzas. Cuatro onzas de queso para rallarle al arroz calientico para hacerlo rendir.

En momentos comíamos hasta donde alcanzaba los enlatados que nos entregaban. Mi abuela batía dos huevitos con aliños y los acompañaba con banano frito o cocido; nos los repartía y así íbamos variando. Antes los camiones regalaban el banano, ahora no regalan nada, no dejan perder nada.

En el lugar donde nos tocó vivir, se subía la marea y toda la basura se quedaba en la casa. En las noches nos llevaban a la iglesia y los domingos también. A mí me empezó a dar pena vender las hojaldras y chorizos; me escondía o me iba a jugar quemado, cuatro bases o a bañar aprovechando la marea. Me enojaba cuando mi abuela me mandaba a lavar la ropa o me la desguindaba del sol porque quedaba sucia. Me daba rabia porque mi mamá siempre dormía con mi hermana menor y yo con mi hermano, o porque de madrugada me llamaban a llenar baldes con agua hasta una parte muy lejos o cuando me llamaban para ir al colegio. Yo despertaba y le decía a mi abuela que esperara, que iba a orar, y me quedaba profunda.

Casi nunca llevaba plata para el colegio, me tocaba pedirles a las compañeras; algunas me decían que no y otras me compartían lo que tenían. En el colegio Angel Milán Pérea había un restaurante en el que se pagaban doscientos pesos para entrar a comer; yo siempre me quedaba en el salón, pero a mi profesora Amara le daba mucho pesar y a veces me llevaba o le mandaba ropa a mi mamá.

Más tarde, con la ayuda del gobierno, nos dieron un subsidio de vivienda para una casita en el Barrio La Lucía. Allí vivimos muchas familias desplazadas. Llegué a los once años. Antes de darnos la vivienda en La Lucila, a mi abuela y a mi mamá les tocaba asistir a unas reuniones, pero mi mamá no podía asistir y siempre me llevaban a reemplazarla. Las señoras discutían con mi

abuela porque decían que yo qué reemplazo podía ser; la abuela les decía: *ella sí porque la mamá trabaja*. Yo recuerdo que cuando me empezaron a salir los senos las señoras comentaban: *Ya le está saliendo la perdición*. Eso todavía me da risa. Ese grupo de mujeres se llamaba Clamores.

Cuando nos mudamos a La Lucila había un muchacho que me empezó a enamorar, me decía cosas bonitas, nos hicimos novios, él habló con mi mamá pero la abuela me echaba cantaleta porque yo tenía trece años; me decía que yo era una niña. Él me empezó a decir que tuviéramos relaciones sexuales pero a mí me daba miedo y los amigos me decían que él me iba a dejar si no aceptaba; él también me decía que se iba a ir a buscar otra novia; entonces yo cedí. Salí embarazada y me tocó ir a vivir con él a una casa horrible donde vivía mucha gente y eran muy desaseados. Yo mantenía llorando, triste. Como cursaba el grado octavo me tocó dejar de estudiar. En los fines de año pasaba sola, él no me compraba ropa, solo tenía la que me llevé cuando me fui de mi casa. Me daba tristeza porque con mi mamá, bien o mal, en todos los diciembres estrenaba.

Tuve una niña, Yeili, en el año 2007. Fue muy duro, porque el día del parto no tenía qué ponerle, no se había comprado nada; unas señoras me regalaron ropita para la bebé. Él se fue a prestar servicio militar y yo me fui para donde mi mamá. Ella me colaboró mucho, me ayudaba con las cosas de la niña.

Yo colaboraba en la casa y empecé a trabajar en un comedor de Asomupaz, en Apartadó, por dos meses, mi mamá siendo yo niña me llevaba a las reuniones. Tenía quince años; mi mamá no quería porque era para lavar platos y ella me decía que eso no me daba; yo le decía: *mami yo me voy con mi tío*; él trabajaba en Sungo y pasaba por ahí todas las mañanas. Trabajé como tres meses, me sirvió mucho porque mi mamá me decía que comprara ropa para mí. Empecé a comprar ropa y a estudiar los sábados dos años en uno. Así terminé mi bachillerato en el 2010 y desde ahí siempre he querido seguir estudiando pero los puntajes no me sirven, no paso a formación técnica.

Yo todavía seguía con el papá de mi hija; él venía de permiso y se quedaba en la casa. Pero al tiempo me fui dando cuenta que no tenía interés por mí; él se fue alejando, y como todavía no habíamos registrado a la niña, me tocó a mí sola criarla. Desde ahí he luchado siempre, he vendido bolis²⁷, helados, empanadas, morcilla, hielo.

Ahora tengo relación con un hombre mayor; él ya tiene sus hijos. Con él tengo un niño, hasta ahora el hombre ha sido muy responsable, me colabora mucho. Yo hice una picita al lado del patio de una casa donde vivimos mi mamá, mi abuela, mi hermana y mi hermano. La hicimos entre mi compañero y yo. Yo le ayudé con dinero y trabajo, y él construyó. Estoy en la casa pero independiente.

Trabajo en un comedor de la Asociación que me ha ayudado mucho para sostener a mis hijos; me ha servido para mi vida personal, me he capacitado en cursos y charlas, he podido viajar y conocer

²⁷ Pequeñas bolsas de jugos congelados hechos en casa o en industria.

Manizales y Medellín. Asomupaz me ha ayudado a mejorar mi calidad de vida, yo era muy tímida y las capacitaciones me han despertado, me han afirmado como mujer. Una vez mi hijito mayor prendió las cositas de la habitación y las mujeres de aquí me ayudaron a recuperar todo, gracias a Dios al niño no le pasó nada.

Sueño tener una casa, estudiar para superarme. Por ahora lo que más me da felicidad es mi trabajo, mi familia, me siento contenta ayudando, yo lidero una reunión familiar, lo que debemos hacer para estar todos contentos con mi mamá, mi sobrina, mis hijos.

MARIBEL MENA MOSQUERA



La Asociación cambió mi vida para bien y hoy le doy gracias a Dios por todo; he viajado cuando han hecho intercambios, he conocido y he aprendido, por eso es que quiero que haya Asomupaz para un buen rato.

Con buenos principios, pero careciendo de estudio, mis padres nunca habían ido a una escuela, ya que en aquellos tiempos los adultos no le prestaban mucha atención al estudio de los hijos o no tenían los medios para meterlos a estudiar. Es por esa razón que mi madre se dedicaba al hogar mientras que mi padre trabajaba en los montes para sustentar el hogar.

Nací el 23 de septiembre de 1988 en el municipio de Riosucio, Chocó. Era un hogar que sobrevivía con los recursos del campo y de la naturaleza. Soy la segunda de seis hijos. Mi niñez fue muy linda, jugaba mucho con mis amigos juegos como la lleva, el quemao (sic) y el yupije; lo que más me gustaba de mi tierra es que paseaba. Me gustaba mucho ver los peces enganchados en el anzuelo. En el poco tiempo que fui niña la pasé muy bien, y digo poco tiempo porque ahora que tengo veintiséis años a veces me gustaría estar en aquella época.

Uno de los momentos más felices en mi infancia fue el primer día de escuela; estaba muy feliz, pues era algo diferente a lo que ya vivía a diario.

Cuando tenía unos ocho años recuerdo una noche a oscuras, pues grupos armados se tomaron a Riosucio y combatían entre ellos; yo sólo recuerdo escuchar disparos mientras que algunos se escondían bajo las casas, pues el piso era muy alto. Mi mamá, a mis hermanos y a mí, nos cubrió con un colchón para que no escucháramos los disparos. Recuerdo que los adultos murmuraban diciendo que peleaban la guerrilla y los paramilitares. Recuerdo también que al otro día se comentaba la noticia de muchos muertos que tiraban al río y amenazaban a los habitantes. Pasaron unos meses y mi tío, el más joven, desapareció a la edad de veinte años. Personas que

vieron aseguraron a mi familia que se lo llevaron los armados que mandaban en la zona en un bote para el otro lado y lo habían matado después de torturarlo. No sé qué razones tenían para hacer eso, pero es muy cruel ver y saber que existen personas como esas. Mi mamá y mi tío le reclamaron al jefe de ellos y él les mintió diciendo que no sabían nada de él. Nunca más lo vi.

A raíz de eso mi familia se vino para Turbo; sólo nosotros nos quedamos allá, hasta que decidieron que nos viniéramos para Turbo. A Turbo llegamos el 31 de diciembre del 2000, a casa de mi tío; allí vivimos un año mientras mi papá construía una casa. Mi papá todavía trabajaba en Riosucio, porque aquí en Turbo no encontró trabajo.

Mi mamá me matriculó en el IDEM en 6º grado. Esa sí fue una etapa difícil para mí; aunque me gustaba mucho el estudio, tenía que hacer mucho esfuerzo para ello, pues estábamos en una mala situación. A mi papá no le alcanzaba la plata, porque éramos cinco hermanos por parte de papá y mamá y aparte él tenía otros seis hijos mayores que nosotros, pero el trabajo de aserrador no alcanzaba para tantos hijos. Para enfrentar eso mi mamá hacía unos turronecillos de azúcar y coco para que yo los vendiera en el colegio; llegaba a vender hasta cuatro mil pesos y con eso me ayudaba para comprar los materiales de artística y las fotocopias. Tenía que dejar el capital para seguir haciendo los turronecillos. Ya cuando mis compañeros se aburrían de eso, mi mamá me hacía papas chorreadas que son papas cocidas, partidas a la mitad y se les echa una cucharada de ahogado de verduras; las vendía a cien y a doscientos pesos. Muchas veces perdí notas por no tener plata para comprar los materiales y las fotocopias; como veía que mis padres no tenían dinero para darme, no les pedía nada.

A pesar de todo me iba muy bien con las materias. Hice hasta el grado once y me gradué a los diecisiete años en la Institución Educativa de Desarrollo Rural. Fue muy bonito. Tres meses después tuve novio; duramos un año y luego me fui a vivir con él. Un año después tuve a mi hijo; su nombre es Franley y hoy tiene siete años. Me entretuve en las cosas del hogar y no seguí estudiando. Cuando mi hijo tenía un año trabajé en una casa cuidando tres niños más; mi marido no tenía trabajo y mi sueldo, que eran ciento cincuenta mil pesos, no alcanzaba de mucho pero ayudaba. Al año y medio me salí de ese lugar.

El 24 de enero del 2013 recibí la noticia de que había muerto mi padre, quien se encontraba enfermo en Medellín; el diagnóstico fue que padecía de cáncer. Solo ocho días antes nos habían informado que sufría de esta enfermedad y una hora después de la muerte de mi padre, murió mi abuela paterna; fue una noticia devastadora para mi familia, para mí y para los amigos cercanos.

Mi tía Luz Dary que trabajaba en la fábrica de arepas de Asomupaz, me dijo que fuera a hacer unos turnos y allí reemplacé a una muchacha. Mi sueldo como mínimo era de doscientos mil pesos. Un día estando en la fábrica recibí un volante que decía que uno separaba el cupo de una carrera técnica con 50 mil pesos y seguía pagando los mismos 50 mensualmente. Era un instituto técnico y solo era para estudiar los domingos. Era bueno para mí porque podía seguir trabajando y así lo hice. Yo trabajaba todos los días sin descanso y como los domingos en la fábrica había mucho trabajo que hacer, yo me levantaba a las tres de la madrugada para terminar a las 7:30 am y entrar al colegio a las ocho de la mañana. Ahora soy Técnica en Secretariado Ejecutivo del Tecnicom. Yo quiero seguir con una tecnología en el Sena, pero debo presentar las pruebas del Icfes y eso lo voy a hacer en el 2016.

Doña Rocío al ver mi esfuerzo y desempeño, me felicitó y me preguntó que si mi marido estaba trabajando y yo le dije que no. Ella habló con la Junta y me hicieron un préstamo de trescientos

mil pesos para que mi marido sacara la licencia y trabajara en una moto taxi; mi tía Luz Dary me sirvió de fiadora para el préstamo. Mi familia mejoró mucho económicamente. Mi marido trabajaba y con su sueldo y el mío vamos comprando cositas y salimos adelante, vamos a superarnos todos los días.

Aún trabajo en la fábrica de arepas y estoy muy bien. La Asociación cambió mi vida para bien y hoy le doy gracias a Dios por todo; he viajado cuando han hecho intercambios, he conocido y he aprendido, por eso es que quiero que haya Asomupaz para un buen rato, para que otras mujeres puedan crecer como he crecido yo. Y lo que me falta.

HELENA GENIS BEDOYA



Yo creo que Asomupaz debe empezar a trabajar con entidades públicas y sectores privados. No se trata de ir a pedir, sino de mostrar la capacidad de gestión, cómo pueden apoyar a los adultos mayores, dar capacitación o recreación a ellos.

Nosotros crecimos en Cirilo, mi abuelo me llevaba al mar, me gustaba mucho bañarme en el mar, éramos tres chicos, dos hermanos y una prima hermana. Mi mamá Rocío no podía salir con nosotros.

Desde niña he visto trabajar a mi mamá, ella vendía quesos, plátanos, luego trabajó en la tienda de mi colegio Adventista en Turbo. Aunque nosotros vivíamos con mis abuelos, ella era la cabeza de hogar porque mi papá nunca vivió con nosotros.

Como me la pasaba fuera de la casa, siempre corriendo por aquí y por allá, mi abuelo era mi protector, el que jugaba conmigo, excepto los sábados cuando mi hermano y yo nos íbamos a la iglesia con mi mamá.

Janner ya no está con nosotros, lo mataron hace nueve años. Fue mi compañero hasta que terminó el bachillerato y se fue a estudiar Administración de Empresas en Medellín y justo cuando llevaba tres semestre se regresó para Turbo porque mi abuelo murió, eso fue muy duro para mi porque mi abuelo Luis Felipe Muñoz era mi papá, el señor abnegado a nosotras las mujeres desde que crió a mi mamá y a mi tía y luego a nosotros. Al año de muerto mi abuelo me fui para Medellín a estudiar Contaduría Pública, yo tenía 16 años.

La muerte accidental de mi abuelo llenó a mi hermano de mucha rabia porque fue un señor que lo tropelló en una moto. Turbo era muy feo en esa época, mucha violencia, mucha gente haciendo malos negocios, otros tomando malas decisiones y siguiendo los malos pasos. Nosotros teníamos una finca a 19 kilómetros de aquí y cuando uno iba veía a los muertos, un día con mi hermano contamos cinco muertos encontrados al lado de la vía que va de Turbo a Cirilo.

Cuando mi hermano ya había enderezado su vida en La Guajira con familia, un día mi cuñada llamó a mi mamá le dijo que Janner estaba desaparecido. Luego de unos días lo encontraron y fuimos a un sepelio muy doloroso para nosotras y para mi cuñada. Desde entonces ella es como otra hija para mi mamá.

Despedimos al segundo hombre de la familia y nosotras las mujeres quedamos nuevamente solas pero gracias al apoyo de otras mujeres nosotras seguimos fuertes. En especial mi mamá, yo siento que el duelo por la pérdida de mi hermano fue soportable gracias a Asomupaz porque mi mamá se volcó a la Asociación, los viajes de formación, de intercambio de experiencias con otras mujeres y de seguir aquí trabajando por otras, eso la salvó a ella de la depresión, del daño.

Yo soy activa aunque no sea muy frecuente en las actividades de Asomupaz porque por mi trabajo no puedo estar siempre en todas las labores. Tengo mi propio negocio de plomería y a todos los clientes que van allá yo les cuento de Asomupaz porque a pesar de que es una organización con mucho éxito, casi no se conoce. Aquí se tiene una sede propia, tienen proyectos productivos que ayudan al sostenimiento de la Asociación y apoyan a las mujeres. Tiene muchos éxitos pero no son conocidos porque no se hace publicidad. Las mujeres mayores ven lo que han logrado pero no se lo creen todavía y siento que por eso no somos tan conocidas en Turbo, en Urabá y en otros lugares de Colombia.

Yo creo que Asomupaz debe empezar a trabajar con entidades públicas y sectores privados. No se trata de ir a pedir, sino de mostrar la capacidad de gestión, cómo pueden apoyar a los adultos mayores, dar capacitación o recreación a ellos. También pienso que con el comercio se podría hacer gestión, contarles qué hace Asomupaz y cómo ellos se pueden vincular a los proyectos para apoyar a otra gente a través de la Asociación. Actividades como establecer el día de la Asociación y hacer una marcha para mostrarse. En fin, hay tantas ideas que debemos pensarlas y decidir las en grupo.

Ahora que sale Heks de apoyar a la Asociación va a ser un tiempo de prueba los próximos dos años porque Heks ha sido el apoyo económico, humano y más familiar que hemos tenido. Uno siente a las mujeres de Heks como de la familia.

Soy una persona alegre, trato de ser super feliz, creo que estar en el mundo es una bendición, que es un regalo de mi Dios y en cualquier momento la vida se va. Yo sé que la vida es el día a día.

Me encanta viajar, he vivido en Medellín, Quibdó, Tierra Alta y Turbo, tengo una capacidad de adaptación muy grande, no extraño el lugar que he dejado y ahora, el lugar de Colombia que más me gustaría conocer es el Amazonas.

Yo ante todo pretendo ser feliz, quiero una estabilidad financiera para darle seguridad económica a mi mamá. Quiero casarme y tener hijos hombres, tener una familia fuerte, igual que mis finanzas. Quiero tener una finca para vivir con mis hijos en una finca. De ahí, todos los días que Dios me regale quiero que sean para mí y para familia.

CLAUDIA CORRALES BELTRÁN



Cuando era invisible para el mundo Dios me hizo visible para él.

Nací en Maderas del Darién. Era una empresa con trabajadores que tenía unas casitas asignadas a familias. La mujer que crío a mi mamá tenía un casino allá, se llamaba Tulia Berrío. Mi papá apenas me hizo a mí y se fue. Mis abuelos fueron los que vieron por mí. Yo soy la mayor de las nietas.

Mi mamá se consiguió un chilapo²⁸ y tuvo cuatro hijas más. Mientras yo estaba sola pasé muy bueno. Cuando llegó el padrastro hasta ahí llegó mi felicidad. Yo era un tsunami. Mis hermanitas son claritas -de piel más mulata.

La cosa se puso peluda. Él me daba muy duro. Entonces me mandaron para donde mi abuela. Mi mamá tuvo con problemas con el segundo marido hasta que no aguantó y le dejó las hijas a mi abuela Tulia y se fue para Cartagena y luego a Venezuela, no supe de ella durante veinte años.

Mi abuelo trabajaba en la empresa y allí conoció a mi mamá con Tulia. Él tenía 17 años, en ese entonces mi abuelo era de modos²⁹. Mi abuelo era mayor que mi abuela. Mi abuelo era compadre de la mamá de mi abuela. La mujer de mi abuelo empezó a celarlo con mi abuela, entonces mi abuelo se quedó con mi abuela y la dejó a ella. Mi abuelo me dio el apellido ya grande y así aparece en el registro como mi padre; así quería yo.

Mi infancia fue de mucha soledad aunque estuve con mis hermanas y los abuelos por un tiempo, porque doña Tulia, mientras Janeth³⁰ le mandó plata para el sustento de las hijas, después mi abuela repartió a mis hermanitas cuando perdió contacto con mi mamá. El papá de mis hermanas quiso buscar a mi mamá pero no la encontró y mi abuela Tulia, como era una mujer mayor, no tenía recursos para mantenernos a todas. Yo me fui con mi papá para Barranquilla y su

²⁸ En Urabá, nombre con el cual se identifica de forma peyorativa a los hombres procedentes de Córdoba.

²⁹ Tenía recursos económicos.

³⁰ Este nombre, como se verá en el relato, más adelante, corresponde a la madre de Claudia.

segunda mujer. Él era mecánico de barcos grandes, tuvo problemas, lo cogieron preso y quedé con mi madrastra que al poco tiempo me mandó de nuevo a Turbo donde mi abuela. Mi papá salió de la cárcel y llegó a tener mucha plata, pero el dinero era para sus otros hijos y su mujer.

Vino luego mi tío, hermano mayor de mi papá y me llevó a Medellín. Hice un año de primaria en la escuela República del Brasil. En ese tiempo me perdí y resulté en Bienestar Familiar. Mi tío fue alcalde en el 91 y 92 volví a la familia de él y así terminé primaria en La Gabriela Mistral.

Fui muy buena deportista, jugaba basquetbol, practicaba el atletismo y futbol, en este medio me destacué. Mi tío fue como mi padre, él tenía su esposa y dos hijos; mientras me adapté fue duro para mí; en Turbo yo estaba acostumbrada a estar libre y al llegar a Medellín vivíamos encerrados; pero hice todo lo posible por quedarme, porque entendí que tenía un mejor futuro. Allá duré diez años.

Estudí el bachillerato en la institución Luis Enrique Vélez Escobar. En ese tiempo mi tío se vino a Turbo para aspirar a la alcaldía del municipio; se trasladó a hacer su campaña y ganó. Yo pasaba las vacaciones en Quibdó porque la esposa de mi tío era chocoana; así monté por primera vez en avión.

Mi tío terminó su alcaldía con problemas. Él ayudó a Piedad Córdoba en su primera campaña. Después de dos años de haber terminado la alcaldía lo mataron en Medellín y entonces la señora Piedad Córdoba le dio la oportunidad a la esposa de mi tío de trabajar en el Bienestar Familiar de Quibdó. A mí me iban a poner a estudiar bacteriología. Mi tío tenía buenos planes para mí, pero cuando él se murió, también se acabaron mis esperanzas de ser una profesional. Después del velorio me vine con mi abuela a Turbo.

Llegué a Asomupaz por medio de mi abuela que ya pertenecía a la Asociación, porque me había quedado sin trabajo y aquí necesitaban una secretaria y yo había hecho un curso de sistemas. Aquí llevo más de cinco años y es donde he recibido lo mejor: he viajado, he conocido personas maravillosas y además de eso HEKS me dio la oportunidad de mejorar mi calidad de vida por medio de una beca para estudiar Gestión Contable y Financiera. Y por todo quiero seguir superándome, mejorar mi situación económica y personal.

Hubo un amor en mi vida, el hermano de un vecino. Cuando teníamos planes de irnos a vivir juntos se conoció con una maestra que trabajaba y lo sostenía. Me dio una tusa³¹ terrible de diez años. Como no me gustaba hablar de mis cosas, escribía poemas para entender ese dolor, esa tristeza. Me ha gustado mucho escribir y leer. Con eso me entretenía. A él le fue mal en esa relación, se puso como un bobo y se metió al evangelio. Luego me buscó, hablamos, y cerré ese capítulo en mi vida. De ese tiempo aprendí a valorarme, a que nadie tiene derecho a pisotearme o a exigir algo que yo no quiero o deseo dar. El amor se gana, se construye.

³¹ Dolor por una ruptura o pérdida amorosa.

Yo mantenía cierta inquietud por mi mamá. Un día entré a Facebook a buscar a mis hermanas; como yo me sabía el apellido de ellas (Pertuz Beltrán), a todo el que encontraba en Facebook con esos apellidos le decía: yo soy tu hermana. De tanto insistir un día alguien me respondió y me dijo: sí yo soy Osiris, tu hermana. Compartimos los teléfonos y de ese modo fue como me di cuenta que mi mamá estaba en Cartagena desde hacía tiempo y que no hizo las maneras de comunicarse conmigo. Me enteré también que tenía otra hermana menor que había nacido en Venezuela, que se llamaba Stefany y que ella se la había dado a una señora para que la criara y que vivía en Montería y allá también vivía Diana. En total tengo cinco hermanas: Saray, Luz Estella, Osiris, Diana y Stefany. Mi mamá cuando se radicó en Cartagena, donde vive actualmente, se conoció con un señor y tuvo dos hijos varones; eso siempre fue su anhelo y a esos sí los está criando.

Cuando Osiris le contó a Janeth que se había comunicado conmigo, ella me llamó. Es la única llamada que hasta hoy he tenido de ella. En el 2012, Diana vino a conocerme a Turbo y desde ese momento nunca hemos perdido contacto.

Estando en ASOMUPAZ, viajé a Cartagena con Diana y una prima; y llamamos para hacer un re-encuentro con todas mis hermanas y con mi mamá en Cartagena. Janeth sabía que íbamos. Fuimos a su casa, conocimos su marido y a mis dos hermanos, ellos decían que yo no era su hermana. La verdad fue un encuentro muy triste para mí, porque ella fue muy fría conmigo; pero esto hizo que me uniera más a mis hermanas. Desde que nos conocimos siempre tratamos de compartir los 24 y 31 de Diciembre y otras ocasiones en el transcurso del año. Ahora estoy agradecida con Janeth porque me dio a mis hermanitas. Me perdoné y la perdoné.

Además de encontrar a mis hermanas, lo mejor que me ha pasado es ser Asomupaz: uno aquí aprende con las demás, uno crece con las otras. Yo he cambiado mucho en mi forma de ser porque era de muy mal genio, aquí he aprendido a domarlo, a sacarle el lado agradable a los acontecimientos. Siempre he tenido una conexión especial con Dios. Cuando encontré a mis hermanas, me dieron un nuevo aire, un equilibrio y por eso entendí que el tiempo de Dios es perfecto. Cuando yo era invisible para el mundo, Dios me hizo visible para él.

Quiero compartir con mis compañeras y los lectores algunos de los poemas que he escrito.

Sólo un recuerdo

En mi vida eres sólo un
recuerdo un recuerdo
hermoso que mi corazón
se resiste a olvidar.

Un recuerdo de lo que pudo
haber sido y no fue.

Un recuerdo como el
más bello paisaje.

Un paisaje que
recorrimos juntos,
sintiendo tocar el cielo
con las manos,
besándonos en cada
esquina, amándonos en
silencio, poco a poco,
lentamente.

Un sueño del que quise
despertar.

Te amé tanto que tuve
miedo de perderte y me
aferré a la vida, una vida
que sin ti ya no era vida.

Te olvidé

Mi corazón se cansó de esperar tu regreso
Como ave pasajera llegaste a mi vida
Y te fuiste sin dejar huellas.

Tu amor fue como una tormenta que cambió
mi vida
Pero como la tormenta...
Pasó... pasó...

Cierto es que aprendí a quererte
pero también aprendí a olvidarte

Dos piedras

Éramos dos piedras con rumbos diferentes
éramos dos flores de distinto jardín
un amanecer con los más lindos colores

Dos corazones unidos en uno solo
un amor muy fuerte como el mismo cielo
una ilusión que nunca se apaga
el más hermoso de los sueños.

¡Éramos todo eso y más!

Pero llegó el olvido
y nuestro amor se convirtió en rutina
y de nuestro corazón se adueñó también.

No eres

El tiempo ha borrado de mi memoria todos los
momentos que pasamos juntos

El fuego que encendía mi corazón se ha
apagado lentamente
Ni las cenizas quedan ya
El viento susurra que te olvidé

No eres ni siquiera un recuerdo

REFLEXIONES Y APRENDIZAJES A PARTIR DE LAS HISTORIAS DE VIDA



ELEMENTOS COMUNES EN LAS HISTORIAS DE VIDA

Impacto de la guerra

- Todas son víctimas del conflicto armado colombiano.
- Han sufrido la pérdida de seres queridos, o por muerte temprana de hijos e hijas a causa de enfermedad, o por el conflicto armado a manos de los paramilitares, la guerrilla o el ejército (falsos positivos).
- Son desplazadas que han padecido el destierro de sus caseríos y territorios.
- Por ser víctimas del conflicto armado, varias han logrado la reparación económica del estado, aunque con muchas restricciones.

Feminización de la pobreza

- Los relatos muestran la fuerza de las mujeres para enfrentar las condiciones materiales de la infancia o la vulnerabilidad económica cuando quedan solas. Desde jóvenes están buscando el amparo de un hombre, porque además siempre están asignadas por cultura a labores domésticas que no tienen una remuneración. En las historias se ve claramente cómo ellas logran superar esas condiciones de vida gracias a su trabajo, persistencia, valentía y verriquera: "Desde que tuve mis hijas me ha tocado trabajar. He vendido bolis, helados, empanadas, morcilla, hielo...".
- Muchas, cuando han tenido recursos o alguna comodidad, los pierden, bien sea por desastres naturales o como consecuencia de la guerra: "A Murindó un día llegó un señor a comprar madera y le dejó a mi marido un dinero para trabajar. Con este compramos víveres (comida) y también consiguió motosierra para trabajar en el monte otra vez. Con la primera venta de madera montó un negocio de abarrotes. Siguió negociando con el señor y así consiguió cuatro motosierras y dos motores fuera de borda. Cuando ya mi hijo tenía tres años, se metieron los paramilitares. Se dañó otra vez la cosa".
- Todas reconocen que antes se era pobre pero se comía muy bien: "Comíamos pescado en sus diferentes preparaciones". Luego a muchas les tocó una alimentación muy precaria. Se perdió en sus comunidades y territorios la seguridad y soberanía alimentarias. En Turbo, conseguir el alimento depende de que se tenga dinero. La alimentación ha variado mucho y depende de si se tiene trabajo e ingresos.

Diversidad de violencias

- Lo más reiterativo es el maltrato y la violencia en el hogar sufrida durante la infancia y llevada a cabo por padres y/o madres, y ya jóvenes, por los maridos o esposos: "Dicen que mi papá era brujo y le puso un mal a mi mamá, ella está loca y mis abuelitos la llevan a toda parte para aliviarla. Mi mamá cuando estaba aliviada, no mucho, medio aliviada, venía al escondido y nos robaba a nosotros, nos llevaba con ella y nos metía en una pieza encerrados y como que trabajaba en un restaurante porque nos llevaba comida en unas cajas. Ahora entiendo que eran sobrados porque me acuerdo que eran pedacitos de toda clase, pero lo importante es que no nos dejaba sin comer".

- Muchas fueron criadas por padrastros y también el maltrato de muchos de sus padrastros o personas cercanas pues se acostumbraba dar a otras personas los hijos e hijas cuando no se tenían las condiciones para criarlos. Varias mujeres han sido criadas en hogares distintos a los propios. El problema es que en la mayor parte de los casos, se las llevaban para trabajar asignándoles oficios excesivos para su edad y fuerzas.
- La violencia y maltrato de los hombres que han tenido como compañeros maritales o esposos. En general son hombres muy celosos y golpeadores.
- Los hombres podían tener y tienen varias mujeres, las mujeres no, lo que muestra el machismo.
- No se planificaba y si las mujeres lo intentaban ellos reaccionaban violentamente: "Yo busqué remedio para no tener tanta familia"... "...y me dijo que cuando una mujer buscaba remedio era para hacérsela al marido". Hay cambios en ese aspecto, pero aún se mantienen los celos de los hombres provocados por el uso de los métodos anticonceptivos.
- La formación y la educación eran impartidas por medio del castigo y el golpe, tanto en la casa como en la escuela. Funcionaba eso de la "letra con sangre entra".
- En muchos casos y con mucho esfuerzo, solo pueden acceder a la educación primaria.
- Muchas mujeres creían que se liberaban de la dinámica de violencia en la familia y de los problemas de maltrato, cuando formaban pareja o se casaban.
- En general, la mayoría de mujeres han empezado a vivir la sexualidad desde muy jóvenes, casi siendo aún niñas.
- En muchos casos, los hombres con los que hacen unión se van y no reconocen legalmente los hijos e hijas. "Nunca quiso registrar la niña; yo la registré sola con mi apellido, como mi mamá conmigo. A mi papá lo mataron y no me alcanzó a registrar. A mi mamá y a mi abuela tampoco las registraron".
- En general las mujeres sacaron adelante sus familias solas. A la vez se ocuparon de su casa vendiendo afuera alimentos (empanadas, rellenas, pan, entre otros), lavando ropas ajenas, trabajando en casas de familia. Se la han rebuscado para poder sobrevivir y asegurar el sustento de sus hijos e hijas.
- En el imaginario de casi todas está el hacerse a maridos responsables que asumieran el sustento de la casa, pero para la gran mayoría no fue así.

Con relación a la vivienda

- Vivir en distintos sitios, cambiar de caseríos, moverse de lugar en busca de mejores condiciones de vida, era una constante.
- Muchas fueron invasoras de pequeños lotes hasta formalizarlos. Fueron creando con sus propios medios y sin apoyo alguno del estado y los gobiernos, el proceso de urbanización barrial. Lograron mejorar internamente sus casas con servicios públicos como el agua y la energía. En esto agradecen el fondo que HEKS- Colombia le dio a ASOMUPAZ para crear el apoyo para vivienda.
- Para todas ha sido muy importante el tener vivienda propia y/o poder ir arreglándola progresivamente.

La importancia de la familia ampliada

- Es visible la red de apoyo familiar con la que cuentan en muchos casos: tías y tíos, abuelas, abuelos, amistades, etc.

La resiliencia de las mujeres

- Las acompaña una enorme capacidad de resiliencia que les ha permitido comenzar la vida una y otra vez.

La fuerza de la organización

- Para todas las mujeres ha sido muy importante el ser parte de ASOMUPAZ y participar de sus programas y actividades. Sienten que por el grupo han dejado de ser sumisas, se sienten ahora libres, van para donde quieren, son autónomas. Es una organización que las cobija, las protege, les ha generado elementos para asumirse como mujeres con autoestima y valoración. Todo lo realizado ha sido gracias al apoyo de diferentes organizaciones entre las que destacan a HEKS Colombia. Ellas expresan que sin el apoyo de las Hermanas Lauritas y de las instituciones y organizaciones amigas, como las llaman, no saben dónde estarían; se preguntan qué serían.
- Todas valoran el trabajo y apoyo psicosocial que ha hecho posible que sus heridas, dolores y tristezas no las embarguen y tengan siempre deseos de trabajar y seguir adelante.
- En general, son mujeres mayores (entre 60 y 80 años). Hay pocas mujeres de edad media y jóvenes, por lo que quieren buscar estrategias para que más mujeres jóvenes se vinculen.
- Piensan en que deben tener más proyectos productivos para generar ingresos y trabajo a otras muchas mujeres y así mejorar sus condiciones de vida.
- El apoyo para mejoramiento de vivienda no se puede acabar, debe seguir, porque tiene gran importancia poder ir haciendo mejoras a sus viviendas paulatinamente.

“Creemos en la Paz de Colombia”

Otros momentos testimoniales reflejan su convicción, necesidad y compromiso con la paz del país:

- “Tenemos que desarmar el corazón.. Nosotras hemos desarmado nuestros corazones heridos por la guerra, con todo lo que hacemos construimos la paz. Si somos tolerantes, la tendremos”.
- “Es muy difícil como estamos viviendo. Si uno no tiene el pasaje completo no lo llevan y hasta lo golpean”.
- “Nosotras hemos vivido la guerra, nos han matado nuestros hijos, nuestros seres queridos, nos han sacado, desterrado de nuestro territorio, hemos tenido que volver a empezar muchas veces. No queremos seguir repitiendo esto, necesitamos la paz”.
- “La paz es sagrada, la debemos respetar y hacer. Nosotras somos portadoras de paz, nos consagramos a ella”.
- “Hay unos que están intentando la paz como nosotras, otros que siguen con su deseo de venganza”.

- “Creemos en que es mejor vivir en paz que en guerra, nosotras conocemos lo que es vivir en guerra y no queremos volver a vivirlo”.
- “Somos como el ave fénix que renacemos de las cenizas”.

Lo espiritual y lo religioso

- Existe una gran religiosidad en las mujeres, y siendo de diferentes religiones, hay respeto por esta diferencia y diversidad. Con las hermanas Lauritas trabajaron mucho el tema de la espiritualidad.

Aprendizajes de género

- Todas reconocen y valoran las transformaciones en sus vidas como mujeres: no ser más sumisas, tener autoestima, no dejarse aplastar por sus maridos, ser autónomas. En todas existen grandes transformaciones en sus maneras de pensar y de vivir como mujeres.
- Sin embargo, en todas ellas, sin distinción de edad, se mantiene con plena conciencia una posición que desde el punto de vista feminista podría calificarse como tradicional. Siguen reivindicando el papel de madres como el único rol de las mujeres: “ser madres y hacer todo por las hijas y los hijos”. Es como si al tener otras opciones distintas a la maternidad, se abandonara el sentido de sus vidas, por lo que han luchado y siguen luchando hasta el presente.

ELEMENTOS DIFERENTES EN LAS HISTORIAS DE VIDA:

La feminización de la pobreza

- Si bien hubo algunas mujeres con mejores condiciones económicas, fueron y son casos excepcionales y tienen esa tranquilidad económica después de los 50 años, gracias a su esfuerzo.

Las diversas violencias

- Muy pocas mujeres en la crianza y socialización cuando niñas, fueron mimadas, queridas y valoradas por sus madres, padres, abuelos, abuelas y maridos.
- Muy pocas han podido afianzar la lectura, la escritura. Se habla hoy de la posibilidad de hacer un curso de alfabetización.
- Muy pocas han podido estudiar el bachillerato. Ahora hay algunas que lo han hecho o lo están haciendo de noche o en fin de semana. Ninguna ha podido estudiar universidad o carreras técnicas, aunque varias lo desean y necesitan.

Los aprendizajes de género

- En cuatro mujeres jóvenes de la organización se ve el deseo de, además de ser madres, poder realizarse en otros aspectos seguir cualificándose en el estudio, tener su propio negocio, ser fuertes económicamente.